

la américa latina y los congresos del partido comunista ruso

Víctor alba

La tradición de los congresos obreros
De la votación a la aclamación
La preparación de los congresos
Stalin no quiere riesgos
El último congreso de Stalin
Inauguración del milenio comunista
El Partido en 1952
De Malenkov a Krushev
Los obreros contra el Partido
La segunda muerte de Stalin
La resurrección del stalinismo
El XXI congreso
Nuestra América y los congresos

VICTOR ALBA

América Latina
Y LOS
Congresos del Partido
Comunista Ruso

PARA el mes de enero de 1959 está anunciada la reunión del XXI Congreso del Partido Comunista Ruso. No es seguro que se reúna, porque en la lucha por el poder entre las distintas facciones del partido Comunista Soviético pueden ocurrir acontecimientos que determinen su aplazamiento. Pero, de todos modos, la ocasión es oportuna para examinar objetivamente, con base en los propios documentos soviéticos, cuál es la influencia de los Congresos del Partido Comunista Ruso en el resto del mundo y, concretamente, en América Latina, en su vida política y social.

Un acontecimiento de la importancia de éste no puede pasar inadvertido. La propaganda, tanto la comunista como la anticomunista, lo presentará de acuerdo con sus propios puntos de vista. Un esfuerzo de objetividad es necesario y creemos que el Instituto de Investigaciones Internacionales del Trabajo constituye un buen instrumento de recopilación de datos y documentos para este examen desapasionado efectuado por uno de sus expertos. Creemos, también, que este examen constituye un buen servicio a la causa común de los pueblos de América Latina y de los demás continentes.

I

LA TRADICION DE LOS CONGRESOS OBREROS

EN Londres, en 1864, se fundó la Primera Internacional, cuyo nombre oficial era Asociación Internacional de Trabajadores. Dos años después, en 1866, se celebró en Ginebra el primer congreso de la Internacional. Seis congresos más tuvieron lugar hasta 1872. En 1889 se reunieron en París dos congresos socialistas, de cuya unión nació la Internacional Socialista o Segunda Internacional. En marzo de 1919 se creó en Moscú la Internacional Comunista o Tercera Internacional.

Todos los partidos y organizaciones que adhirieron a la Segunda Internacional celebraban regularmente congresos en los cuales se decidía la política que seguir y elegían los dirigentes. Los partidos comunistas que se formaron en los primeros años de la revolución rusa surgieron también de congresos o de escisiones en los congresos socialistas (Francia, España,) y celebraron congresos regulares durante un breve número de años.

En el movimiento sindical, la tradición de los congresos está también muy arraigada, lo mismo que las de las asambleas de localidad, fábrica o empresa para decidir acerca de las reivindicaciones, huelgas y protestas y para elegir a los dirigentes. Únicamente en los sindicatos de países con clase obrera de poco peso específico los congre-

sos y asambleas son irregulares, pero aún en ellos se tiende a la democratización gradual del movimiento sindical.

Las grandes discusiones ideológicas que han marcado los jalones de la historia del movimiento obrero han tenido lugar en congresos. Por ejemplo, la polémica entre Kaustky, marxista ortodoxo, y Bernastein, reformista, se desarrolló en el seno de varios congresos del Partido Socialdemócrata alemán, y luego en un congreso de la Segunda Internacional. La polémica entre Jaurés y los socialistas alemanes e italianos se desarrolló también en congresos de la misma Internacional Socialista. Los debates entre las dos tendencias del movimiento socialdemócrata ruso se ventilaban en los congresos del mismo celebrados en el exilio, bajo los zares, hasta que desembocaron en la escisión entre mencheviques (minoritarios, de Plejanov y Martov) y bolcheviques (mayoritarios, de Lenin) en el congreso reunido en Londres en 1903.

Los movimientos anarquista y cooperativista, por su parte, tuvieron siempre un gran espíritu de democracia interna y todas sus decisiones se adoptaron por mayorías en el curso de congresos y asambleas.

Podría decirse, sin exagerar, que el congreso es el modo normal, espontáneo, de expresarse de la clase obrera como tal. Hasta época reciente, los congresos obreros no eran reuniones numerosas, de delegados improvisados o de burócratas del partido o del sindicato, sino que congregaban a trabajadores auténticos, en número bastante reducido para que entre ellos se pudiera entablar siempre una discusión congruente, para que todos pudieran hacer oír su voz. En la historia de los congresos obreros son muy frecuentes los casos en que dirigentes muy populares salieron derrotados al exponer sus puntos de vista sobre tal o cual problema.

Los congresos obreros no fueron nunca grandes manifestaciones de masas, en las que la voz de los jefes dominaba y en que los asistentes se limitaban a aplaudir y aprobar. La discusión, a veces agria y airada, fue la tónica dominante de esos congresos y lo es todavía en la mayoría de los movimientos obreros democráticos del mundo entero.

Entendidos así y así realizados, los congresos obreros han desempeñado un gran papel, tanto en la historia con-

temporánea como en la biografía de quienes participaban en ellos. Antes de hablar de los congresos del Partido Comunista ruso, que alteraron estas tradiciones e introdujeron una nueva modalidad, conviene señalar las características fundamentales de los congresos obreros que podríamos llamar tradicionales. Helas aquí:

1.—*Los congresos suelen ir precedidos de asambleas locales, de modo que todos los miembros del partido o sindicato pueden participar en las discusiones y dan a sus delegados mandatos concretos en cuanto a las personas que deben elegir para los cargos directivos y en cuanto a la manera de votar en las cuestiones importantes. Las asambleas locales a menudo presentan mociones que se discuten en los congresos. La organización entera, pues, toma parte en la actividad ideológica y en la fijación de la política que se ha de seguir.*

2.—*El congreso es el acto político más importante del partido o el sindicato en todo el año — pues generalmente los congresos son anuales—. Es la base de la legalidad interna de la organización. Lo que el congreso ha decidido, nadie puede cambiarlo fuera de otro congreso. Este es el organismo legislativo soberano de la organización. En cierto modo, la tradición de los congresos prepara a la clase trabajadora para el ejercicio de sus funciones cívicas aun antes de que se le reconociera plenamente el derecho de voto, y la democracia sindical es la mejor escuela de civismo, hoy en día, para la clase obrera.*

3.—*Aunque no siempre la democracia interna ha sido respetada en los partidos obreros y en los sindicatos, en general la democracia es más severa y sincera en el seno de las organizaciones obreras que en la nación a que pertenecen o —en el mejor de los casos— igualmente sincera en unas y en otra. Gracias a los congresos y de todo el sistema de democracia interna de los partidos obreros y de los sindicatos, el obrero adquiere conciencia de sus posibilidades individuales y de clase, afirma su personalidad y su confianza en sí mismo, tiene la sensación de decidir de su propia suerte.*

En el movimiento comunista, como se dijo, apareció una nueva modalidad organizativa que rompió con la tra-

dición de los congresos obreros, aunque fingiendo continuarla, con lo cual, por lo menos, puede decirse que los comunistas rindieron un homenaje a dicha tradición.

Los bolcheviques fueron los primeros que contaron en sus filas con lo que Lenin llamaba revolucionarios profesionales, es decir, con dirigentes, agentes y enlaces que vivían con sueldos pagados con dinero del partido. Por otra parte, Lenin y sus amigos más cercanos establecieron en el seno del Partido Socialdemócrata ruso (es decir, el partido bolchevique) el sistema que denominaron de centralismo democrático, y que en realidad tenía mucho de lo primero y poco de lo segundo. Las condiciones de clandestinidad y represión en que debía trabajar el partido en Rusia y la persecución de la Okrana, la policía del zar, explican, en parte, la adopción de este sistema, favorecido por la dispersión de los dirigentes del partido en el exilio.

Cuando se inició la revolución en Rusia, como una revolución democrática en la que participaban los socialistas de diversos matices, los congresos volvieron a adquirir toda su importancia. A través de ellos, el pueblo ruso, por tanto tiempo sometido a la autocracia, empezó a aprender la democracia práctica. Los grandes partidos populares celebraron sus congresos y funcionaron democráticamente, lo mismo que los sindicatos.

Pero cuando los comunistas tomaron el poder, en noviembre de 1917, substituyeron la naciente democracia rusa por una nueva autocracia. En los soviets y en la misma Asamblea Constituyente —elegida cuando ya los bolcheviques ocupaban el poder—, los comunistas no lograron la mayoría. En las elecciones para la Asamblea Constituyente hubo 36.000.000 de votos, de los cuales los comunistas recibieron 9.000.000. En Petrogrado mismo, plaza fuerte bolchevique, los partidarios de Lenin lograron 424.000 votos de los 950.000 depositados.

El 18 de enero de 1918, soldados, a las órdenes de comisarios bolcheviques, disolvieron por la fuerza la Asamblea Constituyente. Poco a poco, luego fueron eliminando de los Soviets a cuantos no aceptaban sus orientaciones.

Para conservar el poder en contra de la voluntad del pueblo, expresada en unas elecciones celebradas bajo el

gobierno bolchevique, los comunistas tuvieron que recurrir a la fuerza y abandonar el tradicional respeto de la clase obrera por las decisiones adoptadas democráticamente.

Una vez en la pendiente, ya no se detuvieron. Cuando dejaron de respetar la voluntad de la Asamblea, ya ningún congreso les impuso respeto.

En todo el mundo, los comunistas tuvieron que descomponer el sistema democrático de los partidos obreros y de los sindicatos, con el fin de apoderarse de ellos o de una parte de ellos. Con esta parte crearon los partidos comunistas.

Y en el seno de éstos establecieron el centralismo democrático bolchevique, aunque en la mayoría de los países del mundo no existían las condiciones de clandestinidad y persecución que habían inspirado, cuando menos parcialmente, la adopción de ese sistema por los bolcheviques.

En realidad, el centralismo democrático, surgido como reflejo de una realidad difícil, fue generalizado por los comunistas a sus partidos y a todos los organismos que lograron conquistar, como un medio de dominarlos y de establecer en ellos una disciplina absoluta, casi militar.

A partir de ese momento, los comunistas, en Rusia lo mismo que en el resto del mundo, abandonaron la tradición democrática de los congresos obreros y la substituyeron por el poder personal, —primero de Lenin y el Comité Central, después de Stalin, luego de una dirección colectiva cuya figura más espectacular es ahora Nikita Krushev—. Fuera de Rusia, en los partidos comunistas también se entronizó el poder personal y hoy predomina abiertamente en ellos, así como en los países llamados de *democracia popular*.

Cuando se habla, pues, de los congresos del Partido Comunista ruso, no hay que pensar en los congresos de los sindicatos libres, de los partidos socialistas, de las organizaciones anarcosindicalistas o nacionalistas revolucionarias. Los Congresos del Partido Comunista ruso no tienen absolutamente nada que ver, fuera del nombre, con los congresos, por ejemplo, de Acción Democrática de Vene-

zuela, del APRA peruana, del Partido Socialista argentino o de los sindicatos afiliados a la ORIT.

En todos éstos, los afiliados discuten, imponen sus puntos de vista. No hay en ellos dirigentes «sagrados» ni casi nunca se da el caso de que una decisión se adopte por unanimidad —mucho menos, que todas las decisiones se aprueben por aclamación, como ocurre en los congresos comunistas, lo mismo de los partidos comunistas de Occidente, que del Partido Comunista ruso, que en el Soviet Supremo de la URSS—. Ni hay que decir que quienes disienten del criterio de la mayoría, en esos congresos democráticos, no han de temer ni por su trabajo ni por su vida, a diferencia de lo que sucede en la URSS.

Esta situación singular, en que se da el nombre de una institución respetada a algo que es exactamente su negación, no fue producto de la voluntad maléfica de un hombre solo, sino que surgió por una serie de circunstancias que conviene exponer brevemente, con el fin de comprender mejor lo que realmente son los congresos del Partido Comunista ruso y lo que significan para el mundo en general y para nuestra América en especial.

II

DE LA VOTACION A LA ACLAMACION

EN la evolución de los congresos del Partido Comunista ruso hay dos etapas bien definidas: la de la pérdida espontánea y casi involuntaria de la democracia y la de la destrucción voluntaria, premeditada, de los restos de democracia que todavía quedaban. Estas dos etapas pueden identificarse con las dos figuras que dominaron la escena de esta regresión: Lenin y Stalin.

Lenin no fue nunca un demócrata. Basta con recordar su pregunta: «Libertad, ¿para qué», para comprender que en su espíritu la eficacia, el logro de los objetivos pesaba más que los medios que se emplearon para ello. Pero su pragmatismo tenía ciertos límites que él mismo, con su sistema de centralismo democrático, se impuso. Sin embargo, las circunstancias, su deseo de mantener a toda costa a los bolcheviques en el poder, su dogmatismo ideológico y su falta de sinceridad en su defensa verbal de la democracia obrera, fueron empujando a Lenin a rebasar los límites de su propio centralismo democrático. En 1923-24, cuando ya se hallaba alejado de la dirección activa del Partido y del gobierno soviético y cerca de la muerte, los congresos del Partido Comunista ruso habían dejado de tener incluso la apariencia de congresos democráticos. El poder estaba concentrado íntegra, francamente, en manos del Comité Central del Partido.

Tracemos brevemente la historia de esta degradación de la democracia en los congresos comunistas de la época de Lenin. Es interesante, porque demuestra que cuando hay una firme voluntad democrática, ni las inteligencias más claras resisten a la tentación de la autocracia.

La clase obrera rusa había apoyado en buena parte a los bolcheviques porque éstos prometían convocar una Asamblea Constituyente y establecer el control obrero de las industrias. El campesinado —como lo demostró el resultado de las elecciones a la Asamblea Constituyente—, estaba lejos de compartir la confianza del proletariado en Lenin y sus compañeros.

La guerra civil y las medidas adoptadas por el gobierno bolchevique tanto en el terreno económico (requisas de trigo, por ejemplo) como en el político (disolución por la fuerza de la Asamblea Constituyente, eliminación de facto de los demás partidos obreros, etc.), alejaron de los bolcheviques a esa parte de la clase obrera con cuyo apoyo se sostuvieron en el poder durante los primeros meses de gobierno soviético. El descontento subió al punto cuando el IX Congreso del Partido Comunista (que siguió la numeración de los congresos del Partido Socialdemócrata ruso, a pesar de haber cambiado el título), celebrado en 1920 adoptó una decisión que decía: «*La oposición sindical en contra de las instituciones del Estado soviético no puede existir. Esta oposición es una desviación del marxismo hacia el sindicalismo burgués*».

Esto equivalía a dejar a los trabajadores indefensos ante las exigencias del Estado soviético, so pretexto de que, siendo éste emanación de la clase obrera, los sindicatos debían servirlo, puesto que los intereses del Estado soviético y los del proletariado debían, por definición, coincidir.

Algunos dirigentes comunistas, los que tenían un contacto más directo y personal con la clase obrera, se percataron de que el Partido estaba aislándose del proletariado al que decía defender. Alejandra Kollontay (fallecida hace unos años, después de haber sido por largo tiempo embajadora soviética en Suecia) y Chliapnikov, Comisario de Trabajo del Pueblo, planteron la situación ante el Congreso del Partido. Formaron lo que se llamó la Oposición Obrera en el seno del Partido — y el nombre que adoptó es revelador de la conciencia que tenían sus miembros de que no todo el Partido merecía ser llamado obrero—. La Oposición Obrera defendía una cierta libertad sindical y se opuso al proyecto de fundir a los sindicatos con el gobierno y el Partido. Quería que las fábricas fuesen dirigidas por los sindicatos y no por el gobierno.

En 1921, Lenin tuvo que admitir, ya terminada la guerra civil, que *«nunca ha sido tan vasta y aguda la pobreza de la clase obrera como en el período de su dictadura»*. No es extraño que este descontento se manifestara en huelgas, como las de los obreros de Petrogrado en febrero de 1921, reprimidas por el ejército y terminadas dejando sin empleo a los huelguistas. Los huelguistas se habían dado cuenta de que el llamado centralismo democrático les quitaba la voz en el Partido y en el país. Por eso, en sus proclamas afirmaron: *«Es necesario un cambio completo en la política del Gobierno. Ante todo, los obreros y campesinos necesitaban libertad. No quieren vivir de acuerdo con los decretos bolcheviques, sino que quieren poder decidir su propio destino»*.

Los marinos de la base naval de Kronstadt, que fueron la fuerza de choque que, en 1917, condujo al poder a los bolcheviques, protestaron por la represión de Petrogrado. El Gobierno calificó a los marinos de *instrumento de las generales zaristas* y de *agentes de los espías franceses*. La base fue tomada a tiros por el ejército soviético, al mando de Tukachevsky (más tarde mariscal y ejecutado por orden de Stalin en 1937, aunque rehabilitado por Kruschev en 1957).

Mientras se luchaba en Kronstadt, en marzo de 1921 se celebraba el X Congreso del Partido Comunista ruso. Para evitar la aceptación de las reivindicaciones de la Oposición Obrera (libertad sindical) y de los marinos (elecciones libres a los soviets, libertad de los presos obreros), Lenin hizo concesiones en el plano económico, estableciendo la NEP (Nueva Política Económica). El Congreso aprobó la política de Lenin y condenó la Oposición Obrera. Poco después, el gobierno soviético publicó un decreto creador de un sistema de trabajos forzados para los culpables de alzamiento armado contra el poder bolchevique. Pero luego, los trabajos forzados, por otro decreto, se aplicaron a cualquier persona *«considerada peligrosa para el poder soviético»*, aunque no pudiera achacársele ninguna actividad contra tal poder. Fueron detenidos numerosos mencheviques y socialistas revolucionarios, juzgados y sentenciados a muerte. Muchos de ellos terminaron sus días en Siberia, aunque Lenin permitió el destierro al extranjero de una parte de los condenados.

Entre tanto, en el seno del Partido se eliminaba a la Oposición Obrera, no mediante una discusión abierta, sino trasladando a sus miembros a lugares remotos, o dejándolos sin trabajo... Al reunirse el XI Congreso, en 1922, de los treinta y siete delegados que formaban la Oposición Obrera en el X Congreso, quedaban cuatro. No pudieron impedir, claro está, que el Congreso decidiera someter por completo los sindicatos al Comité Central del Partido y a los administradores de industrias designados por el Gobierno. El Congreso llegó más allá. Declaró, en efecto, que *«recurrir a las huelgas, bajo cualquier circunstancia, en un país con gobierno proletario, sólo puede considerarse como un asalto burocrático al gobierno proletario y una supervivencia del pasado y de instituciones capitalistas, por una parte, y por otra como demostración de falta de desarrollo político y de atraso cultural de los trabajadores»*. Stalin, que en el XI Congreso tuvo un papel relevante, fue designado poco después, en abril de 1922, Secretario General del Partido Comunista ruso.

El XII Congreso se celebró en 1923, con 408 delegados, que representaban a 386.000 miembros, es decir, 150.000 menos que cuando se reunió el Congreso anterior (en el que estaban representados 532.000 miembros). La disminución se explica porque muchos militantes se marcharon, decepcionados por la falta de democracia interna y por la política del gobierno soviético, y otros fueron expulsados por expresar su desacuerdo con esta política. El XII Congreso creó la Comisión central de control, que desde este momento fue un instrumento en manos del Secretario General (Stalin) para descartar a todo posible oponente y para desacreditarlo a los ojos de los militantes y de las masas.

A principios de 1924 murió Lenin, después de haber escrito un documento para el Congreso, poniéndolo en guardia contra Stalin. Esta carta, que jamás se leyó en el Congreso, que circuló clandestinamente durante muchos años y cuya autenticidad Stalin siempre negó, fue reconocida como dictada por Lenin cuando Kruschev, en el XX Congreso del Partido habló de ella y luego permitió que, por fin, al cabo de veinticuatro años, la publicara la prensa soviética.

En mayo de 1924, cuatro meses después de la muerte de Lenin, se reunió el XIII Congreso del Partido. Hay 416 delegados, pero representan a 735.000 miembros. Es decir, han aumentado los adherentes —como consecuencia de una campaña de reclutamiento emprendida por los dirigentes locales que Stalin ha ido nombrando en los dos años anteriores—, pero hay menos delegados que en Congresos anteriores, en épocas en que el Partido contaba con 400.000 miembros menos. Stalin procura reducir en lo posible el número de delegados, porque haciendo que éstos sean nombrados por asambleas numerosas se facilita el dominio de las mismas y se elimina el peligro de la discusión, pues si Stalin tiene la Secretaría General del Partido y los cuadros locales, no goza del prestigio y la influencia de otros dirigentes, como Trotsky, Kame-nev, Zinoviev... El Congreso condenó la plataforma del primero de estos dirigentes y aprobó los puntos de vista de Stalin.

Stalin establece una nueva costumbre: antes de reunirse el Congreso, se reúne la Conferencia del Partido, con muchos menos delegados. Y el Congreso no tiene ya más que aprobar, sin apenas discutirlos, los acuerdos que adoptó la Conferencia.

De hecho, el Congreso aprueba por aclamación. Se ha pasado del sistema de votaciones al sistema de aclamación. En todos los congresos de los Partidos Comunistas, en el mundo entero, se registra la misma evolución.

Por cierto que la Conferencia que precedió al XIV Congreso aprobó, como obligatoria para todos los miembros del Partido, la afirmación de que la URSS no estará segura mientras no se haya establecido un régimen comunista en todo el mundo. Esta resolución no ha sido anulada nunca, sigue siendo obligatoria para todos los miembros del Partido creer firmemente en ella y, al parecer, los únicos que la han olvidado son los diplomáticos y los ingenios que creen en la propaganda de *coexistencia pacífica* lanzada por Stalin, el mismo Secretario General del Partido que en 1925 hizo aprobar dicha resolución.

El XIV Congreso no se reunió un año después del anterior, como era reglamentario y habitual, sino un año y medio más tarde, en diciembre de 1925. Stalin no se sen-

tía seguro, en mayo de ese año, de poder vencer las otras tendencias: la de Trotsky, la de Zinoviev y la de Kamenev.

Desde ese momento, los Congresos del Partido Comunista ruso ya no son anuales. El XV se celebra en 1927, y en él quedan definitivamente vencidos los grupos de oposición. Luego, durante veinticinco años, hasta la muerte de Stalin en 1953, sólo tendrán lugar cuatro congresos, en todos los cuales las decisiones se aclaman sin discusión alguna. Stalin pronuncia discursos larguísimos, de varias horas (que al publicarse toman la forma de libro). Estos Congresos son el XVI, en 1930, en plena época de lo que el pueblo ruso llamó «*el hambre de Stalin*» (provocada por la colectivización forzosa de la agricultura); el XVII, en 1934, denominado por la propaganda «*Congreso de los vencedores*»; el XVIII, en 1939. El Partido, que en 1934 tenía medio millón de miembros, en 1939 contaba con cuatro millones. Ya no había manera de que en los Congresos existiera la menor democracia.

Por otra parte, en este tiempo ocurrieron en la URSS y en el mundo acontecimientos de trascendencia histórica: la subida de los nazis al poder, los planes quinquenales, la entrada de la URSS en la Sociedad de las Naciones, los procesos de Moscú, con la destrucción física de la vieja guardia bolchevique, la guerra civil de España, la guerra con Finlandia, el pacto nazi-soviético, el comienzo de la segunda guerra mundial, la ocupación soviética de media Polonia, de parte de Rumania, de los países bálticos, de parte de Finlandia. Sobre ninguno de estos acontecimientos se consultó la opinión del Partido a través de sus Congresos ordinarios ni extraordinarios.

Los congresos se convirtieron, así, bajo Stalin, en reuniones de la brigada de las aclamaciones.

III

LA PREPARACION DE LOS CONGRESOS

TRADICIONALMENTE, todos los congresos obreros están precedidos de un período de discusión. Los organismos directivos de la organización obrera redactan sus ponencias (o tesis, como se les llama en el lenguaje comunista). Cada organismo local, ya sea un comité, una asamblea (o una célula entre los comunistas) tiene derecho a presentar al congreso sus propias ponencias o tesis.

Además, cada organismo local (de ciudad, de empresa, etc.) discute las ponencias o tesis que se presentarán al congreso, tanto las redactadas por los órganos de dirección como las elaboradas por órganos de la base locales, provinciales, regionales, etc.). A estas ponencias o tesis, cualquier grupo de la organización puede presentar proyectos de enmienda, o bien redactar resoluciones sobre ellas.

Una vez cada organismo local ha fijado su posición sobre los temas que se discutirán en el Congreso, elige a sus delegados al mismo. Lo normal es que estos delegados sean elementos que han defendido los puntos de vista que democráticamente han prevalecido en la asamblea local. Tienen el encargo estricto de votar por los puntos de vista que sustentan el organismo local o, si éstos no prevalecen en el congreso, por los que le sean más cercanos. Además, se les dan ya sea nombres, ya sea orientaciones, acerca de las personas a las que han de votar para los puestos dirigentes del partido o sindicato que el congreso habrá de elegir.

Por este procedimiento democrático, la base tiene oportunidad, una vez al año, de fijar la conducta política de la

organización, de modificar su programa o de ratificarlo, de expresar su confianza en los dirigentes o de retirársela.

Las organizaciones obreras democráticas (las que no son democráticas, en realidad, por definición, no deberían llamarse obreras, incluso cuando están compuestas en su mayoría por trabajadores) no son organizaciones monolíticas, en las que todos los militantes piensan al unísono, sino que son organizaciones en las que, dentro de los amplios límites de unos objetivos comunes, caben muchos y muy diversos puntos de vista sobre la mejor manera de alcanzar tales objetivos, sobre el ritmo al que han de lograrse, sobre la oportunidad de plantear tales o cuales reivindicaciones en un momento dado, sobre la conveniencia de participar o no en el gobierno, sobre todos los problemas que se presentan en la vida política y social del mundo.

Por lo tanto, en cada organización democrática, al existir puntos de vista distintos, se forman espontáneamente fracciones o minorías de los delegados que mantienen un mismo criterio sobre un problema dado. En general, se procura que las delegaciones locales a los congresos reflejen esta diversidad. Si en una asamblea local, por ejemplo, hay una mayoría de dos a uno en favor de la organización de que se trate en el gobierno, lógicamente la delegación estará compuesta de tres delegados, dos que votarán por la participación y uno que votará en contra.

Es más, tradicionalmente, los minoritarios disponen de espacio en la prensa y en los boletines internos de la organización para exponer sus posiciones. Esto, que se puede ver todavía hoy en la prensa socialista y sindicalista libre, y que se vió por un corto tiempo en la prensa soviética de inmediatamente después de la revolución, ya no se encuentra en la prensa comunista ni de la URSS ni de los países no soviéticos. En esta prensa se hallan con frecuencia críticas a aspectos secundarios de la vida del partido; nunca críticas al programa o a las decisiones del Comité Central, ni críticas a los dirigentes máximos.

En el seno del congreso surgen las minorías — o mayorías, según sea el caso—, y a la hora de elegir a los componentes de los órganos directivos, se tiene en cuenta la fuerza numérica de cada minoría y se procura

que en el Consejo los órganos directivos estén todos representados proporcionalmente a su fuerza electoral dentro de la organización, para que todos los criterios que en ésta existen puedan siempre hacer oír su voz, entre un congreso y el siguiente.

De esta manera se logra que funcione de modo permanente un sistema de democracia interna que dé al militante la sensación, real, de que participa en la dirección de la organización a la que da su voto, sus cuotas, sus horas de trabajo voluntario y, en ocasiones, su libertad y hasta su vida.

Pero en los Partidos Comunistas y en todas las organizaciones dominadas por los comunistas, aunque se mantiene la fachada de este proceso, se falsea su contenido.

Hay, cierto, períodos que llaman de discusión antes de los congresos. Pero las células (localidad, de empresa, de escuela, de ministerio o hasta de unidad militar, según sea el caso) no pueden discrepar de los puntos de vista expuestos en las tesis enviadas por el Comité Central. La discusión se limita a una simple serie de alabanzas a las tesis y a quienes las prepararon, a manifestar cansinamente la aprobación de las mismas. Si alguien discrepa, se le acusa de provocador, de saboteador, de traidor o hasta de espía. Si esto ocurre en un país en el que los comunistas no detentan el poder, se le suspende en sus derechos de militante o, si sus críticas son muy duras, se le expulsa del Partido. Si la cosa ocurre en un país gobernado por los comunistas, la expulsión acarrea, cuando menos, la pérdida del empleo (a veces, con ello va aparejada la pérdida de alojamiento, cosa grave en países en que los alojamientos son insuficientes y se distribuyen por prioridad a los trabajadores de determinadas empresas u organismos, y entre ellos, a los miembros del Partido). Según la gravedad de las críticas o de la disensión, el inconformista puede ser procesado, o enviado por decisión administrativa a un campo de trabajos forzados o bien hasta ejecutado, siempre bajo acusaciones que no tienen aparentemente nada que ver con su posición política en el seno de la célula y que van del sabotaje al espionaje, pasando por la embriaguez habitual y el robo. De este modo, a todo discrepante no sólo se le elimina del

Partido, quitándole con ello la posibilidad de hacer oír su voz, sino que se le desacredita, se le presenta como un indeseable en lo personal.

Esta actitud de aprobación sistemática, de callarse las críticas y las divergencias, se ha convertido en un hábito en los Partidos Comunistas, especialmente en los de los países donde el Partido detenta el poder y donde, por tanto, el Comité Central tiene a su servicio a la policía, a los organismos que dan trabajo, becas o alojamiento... Más todavía, en las generaciones jóvenes de estos países, que nunca conocieron las polémicas apasionadas de los períodos de discusión que precedieron a los congresos (en la URSS, hasta el X Congreso del Partido) ni siquiera se les ocurre que se pueda hacer otra cosa que aprobar cuanto llega del Comité Central.

La única válvula de escape al descontento —que existe siempre, forzosamente, en toda organización humana—, es la crítica a los dirigentes locales de segunda fila y la llamada autocrítica, especie de desahogo sado-masoquista empleado muy hábilmente por el aparato del Partido como medio de seguridad psicológica, como procedimiento para evitar estallidos y protestas.

Hay que señalar que esta caricatura no ya de la democracia interna, sino del propio centralismo democrático de Lenin no existía antes de la muerte de Lenin y que se fue imponiendo a partir del momento en que Stalin fue dueño absoluto del aparato burocrático del Partido Comunista ruso. Ahora, desaparecido Stalin, el procedimiento continúa, en lo referente a los congresos, aunque hay una ligera y vaga forma de democracia en el seno del Comité Central, puesto que las votaciones de éste (que nadie sabe en qué medida fueron realmente libres) determinaron la eliminación de la dirección del Partido de ciertas personalidades (Malenkov, Molotov, Zukov, etc.). Pero al Comité Central nadie le indica cuál es la voluntad del Partido, de los millones de miembros que forman su base, puesto que las células se limitan a aprobar por sistema las tesis que les envía el Comité Central o los comités locales por encargo de aquél. Más aún, en ocasiones se han presentado a los congresos tesis y problemas que no fueron antes sometidos a lo que todavía llaman, inapropiadamente, dis-

cusión interna. Así ocurrió con el XIX Congreso, de 1952, y con el XX Congreso, de 1956. En tales casos, los delegados se limitan a aclamar los puntos de vista expuestos, que ni han tenido tiempo de examinar ni se atreverían a analizar por su cuenta, por miedo a cometer algún error que los expusiera a calificativos perjudiciales.

La costumbre inaugurada por Stalin de hacer larguísimo discursos ante los congresos, continúa con Kruschev. A estos discursos reponen delegados elegidos de antemano —que a menudo leen sus «improvisaciones»—, y que son simples ecos del punto de vista expuesto, aderezados, a veces, con alguna crítica inocua a algún dirigente local o de segunda fila o a algún dirigente importante caído en desgracia, al que se le achacan los males denunciados.

Este patrón se sigue en los congresos de todos los Partidos Comunistas, lo mismo de la URSS y de las «democracias populares» que de los países en que los comunistas no gobiernan. En estos últimos, claro está, ocurre en ocasiones (por ejemplo después de los acontecimientos de Hungría en 1956 o del informe secreto de Kruschev sobre Stalin, en el mismo año) que algún delegado se permite exponer puntos de vista personales o airear críticas. En general, se le acalla o se le expulsa, cubriéndosele de acusaciones no políticas, que no tienen nada que ver con el punto en discusión. En los países dominados por los comunistas esto, naturalmente, no ha ocurrido nunca. Sería demasiado arriesgado.

Este patrón llegó a su punto de máximo perfeccionamiento con los dos últimos congresos del Partido Comunista ruso, el XIX y el XX. Sus decisiones (en realidad, decisiones de los dirigentes aprobadas a ciegas por los congresos) ejercen todavía ahora una influencia considerable en la marcha del mundo. Merece la pena, pues, de que los examinemos con cierto detalle.

IV

STALIN NO QUIERE RIESGOS

STALIN había conseguido el poder absoluto. Nombraba y destituía a su guisa a los dirigentes locales del Partido. De este modo, los delegados a los congresos le eran siempre fieles. Pero aun así, no se atrevía a convocar los congresos cada tres años, como lo establecían los estatutos del Partido Comunista ruso.

¿Por qué este temor, teniendo asegurada la unanimidad de las aprobaciones?

Veamos qué ha ocurrido durante esos años en que no se reunió ningún congreso del Partido, desde 1939 a 1952.

En primer lugar, ha fracasado la política, que Stalin creyó habilísima, de aliarse con el Tercer Reich nazi contra las potencias democráticas. Los alemanes, en 1941, atacan a la URSS, utilizando una parte del poderío que el propio Stalin ayudó a Hitler a conseguir mediante sus entregas de trigo, de minerales y guardándole las espaldas y permitiéndole lanzar todo su poder ofensivo contra el mundo democrático.

Luego, ha habido la asombrosa experiencia de las masas rurales rusas, que acogieron con los brazos abiertos a los alemanes, porque creían que las iban a liberar de la opresión staliniana. Sólo la soberbia y la falta de agudeza psicológica de los doctrinarios de la «Raza de Señores» fue causa de que los rusos, decepcionados de sus supuestos «liberadores», volvieran a aceptar el yugo staliniano y combatieran a los alemanes que los oprimían, deportaban, hambreadaban y humillaban todavía más que los jerecas comunistas.

Fracaso, pues, doble: de la diplomacia staliniana, por un lado, y de la política interior staliniana, que ni siquiera en época de crisis supo despertar el patriotismo de los rusos frente a los invasores alemanes.

Para que este patriotismo se pusiera en acción, Stalin tuvo que hacer concesiones importantes —por más que parezcan de pura fórmula—: tuvo que suprimir «La Internacional» como himno de la URSS y sustituirla por una vieja canción patriótica del tiempo de la guerra contra Napoleón; tuvo que devolver a la Iglesia ortodoxa una apariencia de libertad (por lo menos, permitir que sus altos jerarcas hablaran y que aumentara algo el número de templos); tuvo que suprimir el cargo de comisario político, para dejar a los militares (la mayoría de ellos no de carrera, sino simples ciudadanos ascendidos en el curso de la guerra) que mandaran sin las trabas del espionaje político. Más todavía, tuvo que hacer promesas de que, una vez terminada victoriosamente la guerra, se revisarían ciertas posiciones, especialmente respecto a los campesinos y a la insuficiente producción de bienes de consumo.

Es decir, fracaso radical del comunismo, como doctrina política, para movilizar a las masas en defensa del régimen amenazado por los alemanes. Con el fin de impulsar a las masas rusas a defender a su patria, Stalin tuvo que quitar de ésta todos los oropeles comunistas y devolverle las apariencias de una patria sin calificativos políticos.

Por otra parte, Stalin, que había acusado a las potencias democráticas de ser las responsables de la guerra (olvidando que unos pocos años antes se alió con estas potencias —especialmente con Francia— y ordenó a los comunistas de todo el mundo que se aliaran con los políticos democráticos, liberales y hasta conservadores, en Frentes Populares contra el nazismo), ese mismo Stalin que brindó con von Ribbentrop, el ministro de Negocios Exteriores de Hitler, y que envió a éste un telegrama de felicitación, tuvo que pedir y aceptar la ayuda de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña (ayuda que jamás ha sido pagada) y que ascendió a sumas fabulosas de material de guerra y de dinero: total, 11.000.000 de dólares. Para calmar los posibles recelos de las democracias,

Stalin disuelve por sí y ante sí la Internacional Comunista, ordena a los Partidos Comunistas que cambien de nombre (en Latinoamérica muchos de ellos adoptan el de Socialista Popular o el de Vanguardia Popular, como en Cuba, Colombia, Costa Rica, etc.).

Es decir, fracaso de la política de desarrollo de la gran industria, que Stalin ha mantenido durante más de una década, a costa del bienestar de las masas rusas y de su nivel de vida. Porque si cuando Rusia es atacada su industria pesada — creada a costa de tantos sacrificios, de tanto «stajanovismo», de tanto privarse de las cosas más indispensables, de tantas horas de colas ante las tiendas para conseguir los alimentos y las ropas más esenciales—, su industria pesada no basta para abastecer a los ejércitos que defienden al país, y hay que recurrir a la ayuda de los países ayer «imperialistas», entonces es que esos sacrificios fueron vanos, y que las «grandes victorias de los planes quinquenales» se lograban sólo en las estadísticas amañadas.

De todo esto, de un modo u otro, Stalin tendría que dar cuenta al Congreso que convocara. Millones de soldados rusos habían estado en el extranjero, y comprobaron por sus propios ojos que lo que se les dijera del mundo soviético no era verdad. Conocieron por experiencia personal el placer de poder hablar, lo indispensable que la libertad era para los pueblos occidentales. Existía el peligro, por bien controlado y organizado que estuviera el congreso, de que en éste, subrepticamente, se alzara alguna voz discrepante o, aunque así no fuese, de que la gente, después de escuchar lo que contaran los soldados, no se creyera nada de lo que se dijese en el congreso.

Stalin, responsable directo de la política soviética —porque con las depuraciones, deportaciones, procesos y con el terror puramente de la NKVD (policía política) había eliminado a cuantos hubiesen podido compartir con él las responsabilidades por estos fracasos—, Stalin, pues, no podía exponerse al menor riesgo de que se le pidieran cuentas o de que no se aceptara a ciegas su versión falseada de la realidad. De ahí que no se atreviera a reunir un congreso del Partido una vez terminada la segunda guerra mundial, como hubiese sido lo lógico.

Unos años después, en plena guerra fría ya, aparentemente hubiera podido convocar el congreso, puesto que, desencadenado de nuevo el terror, había eliminado a cuantos pudieran sentir la nostalgia de lo que vieron en Occidente. Y, en cambio, hubiera podido presentar al nacionalismo ruso —estimulado por la guerra— un botín considerable: los países de «democracia popular» en Europa Oriental, que fueron cayendo en la órbita soviética de 1944 a 1948, y hasta la China comunista.

Pero Stalin no se atrevió tampoco. Por primera vez desde que ocupaba el poder, el monolitismo aparente del comunismo se había resquebrajado y el responsable de ello no recibió el castigo «merecido». El Kominform, creado después de la guerra, cuando ya no era necesario calmar la suspicacia de los antiguos aliados, había condenado al régimen comunista de Yugoslavia, que no se avenía a dejarse expoliar por la URSS y que pretendía fijar para su pueblo sus propios métodos de lucha y su propio camino hacia el comunismo. Los comunistas yugoeslavos —y el pueblo de Yugoslavia— no debieron su liberación de los nazis a las tropas soviéticas, sino que lucharon contra los alemanes por su propia cuenta, incluso, a veces, desoyendo las indicaciones de Moscú.

Con un imperio que abarcaba muchos pueblos cuyo descontento crecía, porque se percataban de la opresión y de la explotación a que los sometía la URSS (sólo posible gracias al hecho de que las tropas soviéticas los ocupaban y a que éstas instalaron en el poder a dirigentes comunistas sumisos a Moscú), Stalin no podía permitirse correr el riesgo de que en un congreso surgieran voces que hicieran coro a las posiciones de los comunistas yugoeslavos o, simplemente, que formularan preguntas de difícil respuesta. Por otra parte, cualquier afirmación que Stalin hiciera en un congreso sería inmediatamente analizada por los partidarios de Tito, en Yugoslavia, y este análisis encontraría eco en los pueblos sometidos por la fuerza al imperialismo soviético.

Sólo cuando Stalin hubo eliminado físicamente a los posibles titistas de las «democracias populares» (Rajk de Hungría, Patrascanu de Rumania, Clementis de Checoslovaquia, Gomulka —encarcelado— de Polonia), y cuando

sus servidores hubieron tomado plena posesión de los Partidos Comunistas de Occidente (Thorez en Francia, Togliatti en Italia, etc.) pudo atreverse a correr el riesgo de convocar un nuevo Congreso.

Fue el XIX Congreso, que la muerte de Stalin, meses después, convirtió en el último congreso staliniano del Partido Comunista ruso.

No tendría nada de exagerado afirmar que una de las razones de que Stalin desencadenara la guerra fría fue el deseo de poner a los militantes del Partido Comunista ruso, a los de los Partidos comunistas del resto del mundo y a las propias masas soviéticas, ante un hecho que, si bien falso, tenía visos de verosímil: la amenaza del «imperialismo capitalista» a la URSS. La amenaza de Hitler sirvió a Stalin para liquidar a los compañeros de Lenin, en los procesos de Moscú de 1937-38. La supuesta amenaza occidental servía, en 1952, a Stalin para justificar con su dialéctica los fracasos de dos décadas, fracasos que la segunda guerra mundial había revelado al mundo y a los rusos. Pero para esto necesitaba crear unas condiciones que le permitieran afirmar —aunque fuese en falso— que existía una amenaza contra la URSS. De este modo, el pueblo ruso, creyéndose amenazado, aceptaría de nuevo todo lo que le conviniera a Stalin.

Que la amenaza era ficticia resulta evidente con sólo recordar que los Estados Unidos y la Gran Bretaña habían fabricado, poco antes, las primeras bombas atómicas. Y que, a la sazón, la URSS, recién salida de las devastaciones de la guerra, no poseía bombas atómicas (cuyo empleo en Hiroshima la prensa comunista de todo el mundo aplaudió con unánime entusiasmo).

Si las potencias occidentales hubieran estado animadas del deseo de aniquilar a la URSS, con lanzar unas cuantas bombas atómicas sobre Moscú, o sólo con la amenaza de hacerlo, hubieran logrado, sin riesgo alguno, su objetivo. Y los pretextos no hubieran faltado, en los comienzos de una guerra fría, con la intervención soviética al lado de los comunistas griegos (cuyo jefe fue luego ejecutado en la URSS), de los comunistas del Irán (cuyo jefe fue asimismo ejecutado por orden de Stalin), con el bloque de Berlín y hasta, un poco después, con la agresión

de Corea del Norte a Corea del Sur y la guerra que desencadenó. Si las potencias occidentales no usaron entonces las bombas atómicas contra Stalin, es que las afirmaciones de éste de que querían aniquilar a la URSS no respondían a la verdad objetiva del momento diplomático.

Pero Stalin, con la guerra fría, aparte de conseguir otros objetivos de su política (reforzar su dominio sobre los países satélites, combatir al «titismo», consolidar su poder personal, lograr victorias locales, etc.) alcanzó un objetivo para él de primordial importancia: adormecer, con el sonsonete de la amenaza contra la URSS, la conciencia del pueblo ruso, que en la guerra fría había comenzado a despertar. Este era el momento oportuno para convocar un Congreso y hacerle aprobar por aclamación, según la costumbre, todo lo cometido por orden de Stalin. Así, por la magia de los congresos, los fracasos se convertirían, ante la historia (por lo menos ante la historia al uso del pueblo ruso) en triunfos, la inepticia en habilidad, la imprevisión en sagacidad.

V

EL ULTIMO CONGRESO DE STALIN

EL 26 de agosto de 1952 la prensa soviética publicó la convocatoria del XIX Congreso del Partido Comunista ruso. La gente, en Moscú y fuera de la URSS, no creía lo que leía. Había perdido ya la costumbre de los congresos; hacía trece años se había reunido el XVIII...

Los estatutos del Partido Comunista ruso fijan que los congresos deben reunirse cada tres años. Stalin no se preocupó de cambiar este punto de los estatutos... y tampoco de convocar los congresos. Nadie, pero, se atrevió a criticar esta violación de las normas básicas del Partido.

En todos los congresos anteriores había mediado, entre la convocatoria y la reunión, un período de por lo menos dos meses, dedicado a la discusión (ya vimos que, en realidad, era aprobación sin debate) de las tesis que se iban a presentar al Congreso. Esta vez, en 1952, no hubo siquiera este período de discusión. Entre la convocatoria y la reunión transcurrieron sólo cuarenta días.

¿Qué iba a ocurrir en el XIX Congreso? se preguntaba la gente y, en primer lugar los dirigentes comunistas que ignoraban las intenciones de Stalin y que temían, sin duda, por la firmeza de sus puestos. Porque ninguno de esos dirigentes ignoraba un hecho significativo, que puede expresarse en unas trágicas cifras: todos los congresos del Partido, a partir de 1918, reeligieron a la mayoría de los miembros del Comité Central del Partido, el órgano supremo del mismo entre los Congresos y en realidad durante ellos también, verdadero supergobierno de la URSS y de todos los partidos comunistas del mundo entero.

Una excepción en esta costumbre fue el XV Congreso, que expulsó del Partido a Trotsky, Zinoviev, Kamenev y a sus partidarios. Pero aun entonces, la mayoría de los miembros del Comité Central elegido en 1927 había formado parte ya del Comité elegido en el Congreso de 1925.

En cambio, entre el XVII y el XVIII Congresos transcurrieron cuatro años que fueron ocupados por lo que los rusos llamaban con terror la «Yejovchina», es decir, el período en que Yejov fue jefe de la GPU y en que organizó los procesos de Moscú (una de cuyas víctimas fue Yagoda, su antecesor al frente de la policía política), que liquidaron a la vieja guardia bolchevique y que llenaron los campos de trabajos forzados de Siberia, el Norte Polar y el Asia Central.

El Comité Central elegido en el XVII Congreso de 1934 se componía de setenta y un miembros. Igual número formaba el Comité Central que eligió el XVIII Congreso, de 1939. Pero entre esos setenta y uno sólo había dieciséis (entre ellos Stalin, Molotov, Kaganovich y Vorochilov) que hubieran pertenecido al elegido en 1934. Los restantes, sin una sola excepción, habían sido eliminados (ya ejecutándolos, ya deportándolos), bajo la acusación de agentes nazis, de saboteadores, espías y traidores. Es decir, que cabía suponer que durante años el Partido había sido dirigido por una mayoría de enemigos, de agentes del capitalismo. Tanto más cuanto que en los procesos se afirmó por Vichinsky (luego Ministro de Asuntos Extranjeros y representante de la URSS en las Naciones Unidas) que los acusados, todos ellos antiguos miembros del Comité Central del Partido, eran agentes del imperialismo y del nazismo no desde los últimos tiempos, sino desde su juventud, desde la época misma en que empezaron a militar en las filas revolucionarias.

¿Iba a suceder ahora, en 1952, una cosa parecida? ¿Serían eliminados del Comité Central y luego de la vida misma los actuales dirigentes del Partido? ¿Descubriría la NKVD que esos dirigentes eran agentes del «imperialismo norteamericano» desde la época de Teodoro Roosevelt o desde Wilson?

La convocatoria del XIX Congreso hizo que los cabellos se erizaran en la cabeza de todos los dirigentes soviéticos.

El Partido —dice un especialista inglés en cuestiones soviéticas, Hugh Seton Watson—, domina las jerarquías civil, judicial, militar y policíaca, en el sentido de que los puestos clave de cada una de ellas están ocupados por miembros del Partido, de que las doctrinas del Partido son el credo oficial para todos y de que los dirigentes del Partido imponen su voluntad a todas las jerarquías subordinadas. La autoridad de los dirigentes del Partido es mayor que la del Partido y que la de la burocracia del Estado, hasta el punto de que ha perdido toda su significación la tradicional primacía del Partido.

El artículo 126 de la Constitución soviética, aprobada en 1926 y de la que la propaganda dijo que era «*la constitución más democrática del mundo*» y a la que se bautizó de «*constitución staliniana*», afirma que el Partido es el «*núcleo directivo*» y que las diversas jerarquías y organizaciones de masas son correas de transmisión entre el Partido y las masas.

Pero la realidad es que el propio Partido se ha convertido en una cadena transmisora de órdenes entre sus dirigentes máximos y las masas. Es decir, es uno de los diversos instrumentos de poder de que dispone el núcleo dirigente del país y del movimiento comunista del mundo entero.

El mismo especialista británico señala cuáles fueron el temor y el sentido de las decisiones más importantes del XIX Congreso del Partido, reunido el 5 de octubre de 1952. Naturalmente, todas estas decisiones fueron aprobadas por aclamación, sin necesidad de votación ninguna, sin que se alzara una sola voz discrepante. Parece sorprendente que cuando, por ejemplo, se reformaron los estatutos del Partido para llevar de tres a cuatro años el período en el cual debe reunirse por lo menos una vez el Congreso, ni uno de los centenares de delegados pensara que esta forma no era conveniente. Pero si alguno lo pensó, no lo dijo y en cambio aprobó, alzando la mano y gritando vítores, la propuesta de modificación de los estatutos.

Otras reformas importantes se adoptaron, siempre a propuesta del Comité Central (ni una de ellas a propuesta de algún delegado, ni tan sólo para cubrir las apariencias).

Estos cambios modificaron profundamente la organización de las capas dirigentes del Partido.

Se abolió el Politburó (Comité Ejecutivo elegido por el Comité Central, verdadera autoridad suprema del Partido), y sus miembros pasaron a formar parte de un nuevo organismo dirigente, un Presidium de veinticinco miembros titulares y once suplentes (que en el lenguaje comunista se llaman miembros candidatos). Por otra parte, se abolió el Orgburó, comisión de organización del Comité Central. Y finalmente, se dobló el número de miembros que componían la Secretaría del Partido (es decir, de los que trabajaban en contacto directo con Stalin, Secretario General).

Asimismo se aumentó el número de miembros del Comité Central hasta alcanzar la cifra de ciento veinticinco titulares y ciento once suplentes (o candidatos).

¿Qué objetivos tenían esos cambios, todos ellos tendientes a aumentar el número de miembros de los organismos directivos del Partido? Indudablemente, Stalin se proponía disminuir la autoridad de sus colaboradores inmediatos, sumergiéndolos en una oleada de segundas figuras. Temía, sin duda, ya en la senectud, que surgiera algún aspirante a heredero. Y probablemente, habiendo recurrido a él, para asegurarse en el poder, al asesinato, no debió andar lejos de su pensamiento el temor de que si se perfilaba un heredero éste no vacilaría en acelerar artificialmente, a la manera de un Borgia, el momento de recibir la herencia. No se olvide que hay presunciones — ya que no certidumbres — de que la muerte de Stalin fue provocada por algunos de sus colaboradores, que temían, con fundamento al parecer, que iban a ser las próximas víctimas del dictador y Secretario General.

Que esta era la razón de los cambios impuestos por Stalin queda comprobado por el hecho de que, inmediatamente después de su muerte, en marzo de 1953, sus sucesores se apresuraron a modificar esos cambios, reduciendo el Presidium de treinta y seis miembros a catorce, o sea, diez titulares y cuatro suplentes.

Por otra parte, Stalin dió un golpe de sorpresa. Hizo proponer que el Partido dejara de denominarse bolchevique y quedara en comunista a secas. Hasta entonces, el título oficial era «Partido Comunista (bolchevique) Ruso». Desde

el XIX Congreso, este título se cambió por el de «*Partido Comunista de la Unión Soviética*».

En realidad, Stalin dejó hablar a su subconsciente, al hacer esta modificación. El había eliminado a todos los viejos bolcheviques, importantes y simples militantes. Quedaban a su lado solamente dos figuras que en 1917 participaron en la Revolución en puestos sin relieve: Vorochilov, el militar que se avino a aceptar sobre sus hombros todos los fracasos bélicos cosechados por Stalin en la guerra civil, y Molotov, el hombre que se avino a negociar y firmar el pacto de la Unión Soviética con la Alemania nazi. Los demás compañeros de Lenin, todos los demás, habían sido descartados de los puestos de dirección y muchísimos de ellos —los más conocidos— enviados unos a campos de trabajos forzados, donde murieron, ejecutados otros, ya tras procesos públicos y asombrosas confesiones de culpa, ya tras procesos a puerta cerrada, en secreto, ya por simple decisión administrativa de la policía política. En realidad, pues, el cambio era justo: no quedaban bolcheviques en el Partido Comunista y, por tanto, sobraba este adjetivo en el título del mismo.

Pero el motivo del cambio no era tan simple. En todas las acciones de Stalin —y ahora de sus sucesores— hay que buscar siempre una segunda intención, que jamás falta.

La generación que ocupaba el poder no era la que hizo la revolución. De ésta, sólo sabía lo que la historia oficial, redactada bajo las órdenes de Stalin, le enseñó. No se olvide que el propio Stalin revisó el texto de la Historia oficial del Partido Comunista ruso y permitió que se le atribuyera el libro.

Del marxismo, esta generación sabía únicamente lo que bajo las órdenes de Stalin se enseñaba con tal nombre y que tenía escasa relación (a menudo sólo de terminología) con la doctrina de Marx y Engels y hasta de Lenin, a pesar de que a esta adulteración del marxismo se la llamaba *leninismo-stalinismo*.

Quitar el adjetivo «bolchevique» del título del Partido no sólo significaba romper con la revolución, sino indicar que la revolución no tenía importancia: lo importante era lo hecho después, bajo la sabia y genial guía del camarada

Stalin. El XIX Congreso debía ser, en cierto modo, el congreso de la glorificación de Stalin.

Stalin no se resignaba a ser un simple continuador de Marx y Lenin. La historia debía agradecerle mucho más, tenía que deberle un paso decisivo, que se recordara por los siglos de los siglos. Esto no era posible si se recordaban en detalle aunque sólo fueran los escritos de Lenin y las tesis aprobadas por los congresos del Partido en la época de la revolución. El Partido dejó de ser bolchevique en el nombre, pues, no sólo porque ya no lo era por su composición y su programa, sino porque, además, debía transformarse en algo mucho más esplendoroso que el bolchevismo: debía convertirse en el Partido de Stalin.

VI

INAUGURACION DEL MILENIO COMUNISTA

EN el XIX Congreso del Partido Comunista ruso aconteció algo asombroso. Fue el último Congreso organizado por Stalin, el último en el cual se aprobaron sus propuestas (se acataron sus órdenes, en realidad). Eso asombroso que sucedió estaba destinado a marcar el Congreso como un jalón decisivo en la historia de la Humanidad. Es posible que si en el futuro el mundo llegara a ser enteramente comunista, los «historiadores» que volverían a escribir la historia moderna señalaran el XIX Congreso como el comienzo de una nueva era.

Nada estaría más lejos de la verdad, pero la «historia» escrita por los especialistas comunistas no tiene por objeto —según confesión propia— el contar la verdad, sino el influir en las generaciones presentes para inducir las a cumplir con los propósitos que les señala el Partido. La historia, para los comunistas, no es en función de la realidad documental, sino que se «compone» en función del futuro.

De todos modos, el sueño de Stalin —acaso su postrer delirio de grandezas, producto inmediato de la confusa sensación de que se acercaba la hora de su muerte—, ese sueño no llegó a realizarse. Porque después del XIX Congreso vino el XX...

¿Cuál era el jalón decisivo que debía marcar el XIX Congreso? ¿A qué sueño obedecía su convocatoria y el documento de Stalin que ante él se leyó (documento no escrito por Stalin, sin duda, pero inspirado y revisado indudablemente por él)?

Para comprender la respuesta es necesario estar en antecedentes de ciertos aspectos del leninismo-stalinismo, de acuerdo con cuya doctrina —si así puede llamarse—, se preparó el documento en cuestión.

Hay una frase famosa de Engels, según la cual, cuando se realice el comunismo, etapa superior del socialismo, el Estado desaparecerá y pasará a ocupar un lugar en el museo de la historia, al lado de la rueda. Esta desaparición del Estado se deberá a que habrán desaparecido, con el comunismo, las contradicciones de clase y las clases mismas, de una de las cuales el Estado es siempre instrumento.

Lenin, en su libro *«El Estado y la Revolución»*, escrito cuando estaba oculto, en los meses anteriores a la Revolución bolchevique de 1917, desarrolla esta teoría de Engels —el fiel compañero de Marx,— y la proyecta a la realidad del futuro inmediato de Rusia tal como Lenin lo veía.

Decía Lenin en su libro que el Estado es el consejo de administración encargado de proteger los intereses de una clase social frente a las otras: de la clase capitalista frente a los campesinos y los trabajadores, de la sociedad actual.

El socialismo, afirmaba Lenin, hará desaparecer las clases sociales, pues tal es su objetivo. Como los intereses del proletariado son, en su conjunto, los intereses de la humanidad, el proletario está interesado en hacer desaparecer las clases. Estas se irán desvaneciendo a medida que se destruyan las condiciones que hoy hacen posible la explotación de unos hombres por otros.

El socialismo conducirá al comunismo. En la sociedad comunista, no sólo no habrá clases, sino que el Estado mismo se habrá desvanecido por completo, y sólo quedará un sistema de administración de los bienes de la sociedad.

Como se ve, Lenin tenía, para un futuro lejano, los mismos sueños que los anarquistas, que aspiran también a la desaparición del Estado, aunque por distintos medios que los preconizados por los bolcheviques.

Ahora bien, ni Engels en su breve pasaje, ni Lenin en su libro fijaban ningún lapso —ni corto ni largo— para esta evolución y más bien ambos daban a entender

que ésta debía ser larga, de muchas generaciones. Entre tanto, según Lenin, con el fin de hacer desaparecer las clases (o, mejor dicho, de crear las condiciones para esta desaparición, eliminando la explotación), debía instaurarse un régimen que él llamaba (afirmándose en esto abusivamente continuador de Marx) la dictadura del proletariado.

Los bolcheviques, en efecto, establecieron la dictadura del proletariado, que a los pocos meses se había convertido, de hecho y en derecho, en la dictadura del Partido Comunista, puesto que todos los demás partidos fueron eliminados del gobierno y hasta de la vida legal y sus dirigentes de la vida a secas.

Stalin, después de la muerte de Lenin, «justificó» teóricamente las nuevas posiciones que fue adoptando, con la teoría del «socialismo en un sólo país» y con la teoría del «Partido Comunista representante único del proletariado» y de la «URSS, patria del proletariado».

Estas teorías —para las cuales ni el marxismo, ni siquiera el leninismo, ofrecen base doctrinal—, fueron llamadas durante el breve período de Frente Popular (1935-39) y luego durante el período de Frente Patriótico (1941-46), o sea, de las tácticas sucesivamente adoptadas por la Internacional Comunista y después por la Kominform, con objeto de buscarse aliados entre los demás sectores del movimiento obrero y de los partidos de la clase media y hasta de la burguesía. Estas tácticas obedecieron al miedo que el nazismo provocó en Moscú, y que condujo a Stalin a traicionar a sus aliados de la víspera y a aliarse con Hitler en 1939, y luego a traicionar a los movimientos obreros y nacionalistas de Europa y Asia y aliarse con las fuerzas que querían restablecer un orden tradicional, para abandonarlas luego, a su vez, en el período de guerra fría.

Pues bien, Stalin sostenía, en contra de las enseñanzas de Lenin, que era posible establecer el socialismo (o lo que los comunistas llaman tal) en un sólo país, sin necesidad de esperar a que se extienda el régimen comunista a una serie de naciones, y afirmaba que en la URSS, «patria del proletariado», el Partido Comunista, «único representante del proletariado», estaba «construyendo el socialismo» a base de levantar presas, abrir canales, construir fábricas

y establecer campos de trabajos forzados a los que se enviaban no sólo a los oponentes políticos, sino a los obreros que no producían bastante y a los campesinos que se mostraban remisos en dejar colectivizar a la fuerza sus tierras.

Pero en su vejez, Stalin ya no se contentaba con estas afirmaciones, que eran, a ojos vistas, contrarias a la realidad más directamente observable. Stalin quiso ser no sólo el «*constructor del socialismo*», el «*guía genial de los pueblos*», el «*vigía de la revolución*», el «*águila de la patria rusa*», etc. sino que también deseó pasar a la posteridad como el hombre que había conducido a su pueblo a la primera sociedad comunista de la historia moderna.

De ahí el XIX Congreso y de ahí el asombroso documento que ante él leyó y que contenía los puntos de vista del «*Padre de los Pueblos*», como la prensa soviética llamaba a Stalin.

En efecto, el día 2 de octubre de 1952, (tres días antes de la inauguración del XIX Congreso) la revista «*Bolchevik*», órgano teórico del Partido Comunista, publicó un largo artículo de Stalin, en forma de respuestas a cuestiones que un año antes habían discutido los economistas soviéticos. Se titulaba: *Sobre los problemas económicos del Socialismo en la URSS*. El día 15 de octubre, Stalin pronunció ante el Congreso el discurso de clausura del mismo, en el cual sostenía una tesis idéntica a la de su artículo.

Este, entre tanto, había sido publicado en forma de folleto, en una edición de 1.500 ejemplares, y poco después fue traducido a prácticamente todos los idiomas del mundo.

El artículo afirmaba que el mundo no comunista estaba en descomposición, que la alianza atlántica se desharía pronto y que estallarían guerras entre las potencias occidentales rivales. Esta era una tesis de Lenin que ahora Stalin resucitaba.

Pero lo importante del folleto y del discurso era que prometía, para un futuro inmediato, que todos los lectores del folleto verían, la transición del socialismo al comunismo y que afirmaba que en el comunismo el salario real de los obreros rusos doblaría, que la jornada de tra-

bajo descendería a cinco o seis horas y que todos serían muy felices en la URSS.

Este artículo fue saludado en «*Pravda*», que lo publicó íntegro, como *el mayor acontecimiento de la vida ideológica del Partido y del pueblo soviético*, es decir, como más grande que la aparición, por ejemplo, de *El Estado y la Revolución de Lenin*, en el cual se inspiraba ahora la tesis de Stalin.

Sin embargo, nadie se ilusionó, a pesar de toda la propaganda oficial. En vez de desvanecerse, el Estado soviético era más absoluto, más fuerte y más tentacular que nunca lo fuera desde la Revolución y mucho más que lo fueran, en sus tiempos, el Estado zarista y hasta el nazi. Lejos de desaparecer, las clases sociales se estratificaban, la burocracia gobernante (burocracia del Partido y del Estado) tendía a perpetuar sus privilegios, convirtiéndolos en prácticamente hereditarios (por ejemplo, otorgando más facilidades para los estudios a los hijos de los funcionarios del Partido y del Estado Soviético).

Las bellas promesas de Stalin no podían tener efecto ninguno en el ciudadano que debía hacer todavía colas para adquirir los artículos más indispensables, cuando en el resto del mundo había desaparecido por completo el racionamiento de la guerra y la postguerra. Su único efecto fue que la revista «*Bolchevik*» cambió su título por el de «*Comunist*».

Pero Stalin estaba acostumbrado —pues éste era el meollo de su política— a que las frases se tomaran por realidades y a que se plegaran las realidades objetivas hasta meterlas dentro de la camisa de fuerza de las consignas y las frases.

Tal vez Stalin creyó que lo que decía era verdad. Probablemente creyó que la gente lo tomaría por verdad, fiel a la técnica de propaganda que Goebbels anunció con la frase: *La mentira, cuanto mayor es, más fácilmente se cree*, y que Stalin aplicó toda su vida.

Pero aunque por escrito todos los comunistas del mundo fingieron creer en la próxima realización del comunismo, ninguno de ellos lo creyó en su fuero interno.

Pues en el propio XIX Congreso, otros se encargaron, con sus informes, de deshinchar el globo de ilusiones de Stalin. O tal vez éste lanzó el globo para hacer olvidar la sombría realidad que tales informes revelaban, a pesar de las brillantes frases de optimismo oficial con que se la disfrazaba.

XII

EL PARTIDO EN 1952

ES interesante examinar lo que Stalin había hecho con el Partido Comunista ruso, en el cuarto de siglo en que fue su amo y señor absoluto.

En 1905, el 61.7% de los miembros del Partido Bolchevique podían ser considerados obreros, artesanos y estudiantes hijos de trabajadores. En 1909, este porcentaje descendió a 50% y en 1921 era apenas de 41%. En este año, decisivo en la historia del bolchevismo, el 28% de los adherentes al Partido eran campesinos, el 31%, empleados.

A pesar de que en 1922 el Partido adoptó nuevos estatutos que hacían más difícil el ingreso al mismo de quienes no fueran trabajadores, en 1932 solamente el 43.5% de sus miembros eran obreros.

Pero en diciembre de 1932, el Comité Central ordenó una depuración de las filas del Partido (lo que en español bárbaro llamamos una «purga»). Al propio tiempo, Stalin lanzó una campaña para atraer a los intelectuales y técnicos al seno del Partido. A fines de 1934, como consecuencia de todo ello, el 9.3% de los miembros del Partido eran obreros, el resto pertenecía a la nueva clase burocrática y a los grupos de intelectuales y técnicos adictos al stalinismo, que les concedía toda clase de prerrogativas, hasta el punto de que sólo entre ellos y los burócratas se encontraban los nuevos ricos y millonarios de la revolución.

Desde 1934, el Partido ya no publica las estadísticas de la composición social de sus filas. Por algo será este silencio.

Por otra parte, el Partido, de acuerdo con la teoría de de Lenin del revolucionario profesional, cuenta, desde antes de la revolución, con cuadros permanentes de dirigentes y agitadores, remunerados con los fondos del Partido, fondos que, durante unos años, aportan sus adherentes y que después, en medida cada vez mayor, proceden del presupuesto del Estado, igual que ocurría en Italia con el Partido Fascista de Mussolini, en Alemania con el Partido Nazi de Hitler y en España ahora con la Falange de Franco.

En 1922, uno de cada veinticinco miembros del Partido Comunista ruso era funcionario pagado (15.325 en total). Desde 1944, ya no se dieron cifras al respecto, aunque a veces ciertas declaraciones permitieron adivinar la proporción de funcionarios con que contaba el Partido. En 1937, Stalin mismo dijo que eran 194.000, es decir, cerca del 10% del total de efectivos del Partido.

Sabemos, por otra parte, que el 10% de los delegados al XVII Congreso, de 1934, tenían títulos universitarios, y en 1952, al celebrarse el XIX Congreso, el 58% de los delegados al mismo eran universitarios.

Estas cifras indican claramente que se ha ido formando una casta o clase gobernante —puesto que es el Partido el que detenta el poder y fija al Estado y al gobierno su política, sus dirigentes y hasta sus decisiones—. En buena teoría marxista, esta casta, que vive a un nivel muy superior al del resto de la población, logra esta superioridad económica por el procedimiento de apropiarse de la plusvalía que producen los trabajadores. Exactamente igual a como Marx describía el proceso de *expropiación de la fuerza de trabajo de la clase obrera por la clase capitalista*.

Una idea del grado con que se aplica la máxima de Goebbels ya citada, *la mentira, cuanto mayor es, más fácilmente se cree*, es el hecho de que Malenkov, en su informe ante el XIX Congreso, afirmó que *en oposición a los países capitalistas, todas las rentas públicas nacionales van a dar a manos del pueblo trabajador*.

Es interesante destacar que en este Congreso, Stalin no pronunció, en contra de la costumbre, el informe político

del Comité Central —el documento básico de todo congreso comunista—, sino que encargó de ello a Malenkov, cosa que muchos interpretaron como indicio de que lo había elegido por sucesor suyo. M. Saburov leyó el informe sobre el quinto Plan Quinquenal (1951-1955).

Malenkov, después de haber señalado no pocas deficiencias en la economía del país, pronunció frases como ésta: *Tenemos todo lo necesario para la edificación de la sociedad comunista completa. Y acabó: Bajo la bandera del inmortal Lenin, bajo la sabia dirección del gran Stalin, adelante, a la victoria del comunismo.*

El texto oficial de este informe, publicado por las Ediciones en Lenguas Extranjeras, de Moscú, agrega: *Al terminar el informe, todos los delegados se ponen de pie y tributan una larga y clamorosa ovación al camarada Stalin (y no a Malenkov, que hizo el informe). En toda la sala estallaban exclamaciones: ¡Hurra!, ¡Viva el gran Stalin! ¡Hurra al entrañable Stalin! ¡Viva nuestro amado jefe y maestro, el camarada Stalin!*

Estos aplausos y vivas se consideran como la aprobación del informe, ocupan el lugar de la discusión. Y ello a pesar de que Malenkov ha dicho cosas que merecerían, es de suponerse, un largo y minucioso debate. Cosas como esto: *En ocasiones se suministra al consumidor artículos y mercancías de mala calidad, que no se ajustan a los standards establecidos y a los requisitos técnicos. Las empresas de construcción de maquinaria lanzan con frecuencia a la producción máquinas de diseño imperfecto, que no corresponden a las condiciones de su explotación. En las empresas de la industria ligera es todavía grande la cantidad de producción de calidad inferior a la estipulada.* (Pedimos perdón por este «español», pero lo respetamos por fidelidad al texto oficial soviético en lengua «española»).

Parece que, a partir de 1922, no puede celebrarse ningún Congreso del Partido Comunista ruso sin que coincida con una oleada de represión. Cuando no es contra la Oposición Obrera es contra los trotskystas, cuando no contra los campesinos que se niegan a dejar colectivizar a la fuerza sus tierras. En 1952, el XIX Congreso

coincide con tres tipos fundamentales de persecución, que corresponden a tres aspectos importantes de la sociedad soviética:

Por una parte, está en pleno auge la persecución contra todas las formas originales de expresión intelectual (lo mismo en las artes, que en las letras, las ciencias o las disciplinas humanísticas). Stalin ha intervenido en polémicas tan alejadas de sus conocimientos como la de Lysenko sobre biología o la discusión en torno a la lingüística. Jdanov, unos años antes, había fijado las normas rígidas de la producción intelectual: el realismo socialista como único método de expresión aceptado, y la lucha contra el «cosmopolitismo», es decir, contra toda tentativa de innovación en arte, literatura y música. Muchos artistas y escritores viven apartados, sin producir (o sin publicar o exponer sus producciones) como por ejemplo Boris Pasternak, que en esa época escribe en secreto su novela «*Dr. Jivago*», que en 1918 le vale el Premio Nobel de Literatura. Las artes, las letras y la ciencia rusa se empobrecen y si más tarde logran superar este declive, en una época en que se aflojan un poco las restricciones impuestas por el Partido, es sólo gracias al callado heroísmo de los sabios, los artistas y literatos, que siguen trabajando en silencio, en secreto, en una especie de clandestinidad llena de peligros.

La segunda oleada de persecución es la antisemita. Se ha celebrado en Praga el proceso contra Slansky y Clementis, acusados de «sionismo». En las oficinas de la NKVD se prepara la detención de los médicos de Stalin (varios de ellos judíos), acusados de querer envenenar en secreto a Stalin. Únicamente la muerte de éste salvará a los «asesinos de blusa blanca», como los llama la prensa comunista del mundo entero.

La tercera ofensiva es contra las nacionalidades. Se trata de una afirmación del gran centralismo ruso frente al mosaico de pueblos que forman la URSS. En la primera década de régimen soviético, se habló constantemente del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos; en el seno de la URSS, aunque nunca se les permitió ejercerlo, se intentó favorecer el desarrollo de las culturas nacionales (ucraniana, turkmena, uzbek, judía, hasta alemana —en

el Volga— etc.). A partir de la segunda guerra mundial, se acentuó el predominio de Rusia —es decir, de lo que antiguamente fue Moscovia—, y se dio preeminencia a lo ruso sobre lo de los demás pueblos de la Unión. A partir de 1951 se mantuvo una intensa campaña contra *el «nacionalismo burgués»* de los pueblos de la Unión, en especial de Ucrania y de los núcleos musulmanes de Sur de la URSS y del Asia Central.

Esta campaña produjo efectos insospechados —aparte de los «normales» de depuración de los Comités locales y regionales del Partido, de los gobiernos locales, etc.— Por ejemplo, surgió una nueva teoría entre los historiadores, según la cual la sujeción de los pueblos musulmanes por el imperio zarista tuvo *una significación profundamente progresiva* y se calificaron de reaccionarios los movimientos de liberación nacional de esos pueblos, en los siglos XVIII y XIX, que antes habían sido considerados por los historiadores comunistas como rebeliones progresivas contra el reaccionario imperialismo zarista.

Esta tendencia a la rusificación se ejerció no sólo en el interior de la URSS, sino también fuera de ella, en las «democracias populares». No se olvide que poco antes Stalin había hecho deportar en masa a varios pueblos musulmanes de Crimea y del Sur de Rusia, alegando que se mostraron acogedores para con los alemanes. Stalin, después de haber ido eliminando sucesivamente a los compañeros de Lenin, a la vieja guardia bolchevique, y luego a los campesinos opuestos a la colectivización, a los comunistas polacos, a los alemanes del Volga, a los judíos, se las emprendía, ahora, contra los pueblos enteros que formaban la base de la Unión Soviética.

La casta dirigente —en su mayor parte de origen gran ruso, por ser este pueblo el menos atrasado culturalmente del imperio zarista—, quería dominar no sólo a las restantes clases (obreros, campesinos), sino también a los restantes pueblos de dentro y de fuera de la URSS. La manía de persecución de Stalin servía perfectamente este objetivo. Al ir aumentando la fuerza de esta manía y al acentuarse la megalomanía de Stalin, éste ya no tenía por enemigos a hombres, sino a pueblos enteros.

Kruschev, unos años después, habló de estas dos manías que forman la base de la personalidad de Stalin. Es interesante ver cómo fue posible que lo que era una «calumnia» de periodistas a sueldo del imperialismo occidental se convirtiera en una verdad oficial proclamada en un Congreso del Partido Comunista ruso.

VIII

DE MALENKOV A KRUSCHEV

UN período poco menor de cuatro años separa el XIX Congreso del XX Congreso del Partido Comunista ruso. Son cuatro años llenos de acontecimientos trascendentales, tanto para la URSS como para el resto del mundo.

El 5 de marzo de 1953 se anuncia la muerte de Stalin. Molotov, Beria y Malenkov asumen el poder en Rusia. Malenkov es nombrado jefe del gobierno y Vorochilov Presidente de la Unión. Poco después, Malenkov abandona su puesto de Secretario General del Partido (el puesto decisivo, en la política soviética) y lo ocupa Kruschev.

Se habla de que una «*dirección colectiva*» ha substituido la dirección personal de Stalin. Pero esta dirección colectiva no es estable y dentro de ella hay constantes luchas por el poder. A mediados de 1953 Beria es destituido y a finales de ese mismo año se anuncia su ejecución, aunque parece que en realidad lo mataron antes.

Sobre la muerte de Laurenti Beria —jefe de la policía política, que organizó el supuesto «*complot de los médicos asesinos*» y que ejecutó durante años todas las órdenes de Stalin para eliminar a sus enemigos y a los que creía tales—, Kruschev dió una versión muy interesante al socialista francés Pierre Commin, cuando éste lo visitó en Moscú, en mayo de 1956. Después de la muerte de Stalin, contó Kruschev, los miembros del Presidium del Comité Central del Partido sospecharon de Beria, lo hicieron seguir y llegaron a la conclusión de que preparaba un complot contra sus compañeros de la «*dirección colectiva*». Se convocó el Presidium, al cual acudió Beria. Le dijeron a éste lo que

sabían de sus actividades. Después, lo dejaron solo, mientras los restantes miembros se reunían en otra sala, para discutir lo que iban a hacer con Beria. *«Estábamos convencidos de su culpa, pero no teníamos pruebas de ella»*, dice Kruschev. *«Estuvimos de acuerdo todos en que la única medida justa para la defensa de la revolución consistía en eliminar a Beria. Así se acordó y así se hizo»*.

En febrero de 1955, Malenkov dimite su puesto ante el Soviet Supremo de la URSS, afirmando que ha dado pruebas de estar poco preparado para él. Le sucede el Mariscal Bulganin (en realidad, a pesar de su título, nunca ha sido militar). Kruschev se afianza en su puesto de Secretario del Partido.

Con la eliminación de Beria la vida de los dirigentes del Partido se hizo más soportable. Stalin, escamado por el hecho de que muchos de sus aliados se le opusieron luego (por ejemplo, Zinoviev, Kirov, etc.), una vez terminados los procesos de Moscú, decidió que esta situación no debía volver a presentársele y puso al Partido entero — incluso a sus más altos dirigentes— bajo la vigilancia constante de la NKVD, al mando de Beria, y dio a ésta plena libertad para detener y ejecutar a los dirigentes que creyera nocivos para Stalin, sin tener para nada en cuenta su alto rango.

Los dirigentes del Partido vivieron, pues, desde 1938 hasta 1953, sumidos en el terror, igual que cualquier otro súbdito de Stalin —tal vez más, puesto que, por ser dirigentes, la NKVD los vigilaba más estrechamente—. En realidad, cuando los componentes de la «dirección colectiva» eliminaron a Beria, no necesitaban pruebas ni indicios de que preparaba un complot; les bastaba con saber que Beria conocía demasiadas cosas sobre ellos y que contaba todavía con el aparato policiaco creado por orden de Stalin. Mientras Beria viviese, los dirigentes del Partido no podían sentirse en seguridad.

En los comienzos de la revolución y hasta 1930, los habitantes de la URSS se dividían en dos categorías: los que podían ser molestados por la GPU (nombre que entonces tenía la policía política) y los que estaban a salvo de la policía. Pero cuando Stalin inventó la teoría de que al acercarse el país al socialismo, la lucha de clases se agudiza (cosa contraria a toda lógica y también contraria a las

enseñanzas de Lenin), la policía unificó en el terror a todos los súbditos de Stalin, aunque entre ellos siguieron existiendo profundas diferencias en cuanto a privilegios económicos.

Durante la segunda guerra mundial, el Partido pierde influencia. La política está dirigida, de hecho, por el Comité de Defensa, compuesto por Stalin —que desde 1941 es, además de secretario general del Partido, jefe del gobierno—, Molotov, Beria, Vorochilov y Malenkov. El último se encarga especialmente, como miembro del Secretariado del Comité Central, de aplicar la política que tiende a limitar la influencia del Partido. El Comité Central no se reunió durante toda la guerra y hasta el Politburó dejó transcurrir largos lapsos sin celebrar ninguna sesión.

Después de la guerra, Andreu A. Jdanov, primer secretario del Partido en 1946, intentó conquistar de nuevo para el Partido su influencia de antes de la guerra. Jdanov murió en 1948, no se sabe si de una crisis cardíaca, como se dijo oficialmente, o de envenenamiento, como Stalin afirmó más tarde. Los colaboradores de Jdanov fueron liquidados inmediatamente después de su muerte. Jdanov había lanzado la lucha contra el «*cosmopolitanismo*» y también iniciado el ataque a Tito por parte de la Kominform, que condujo a la separación de Yugoslavia del bloque soviético.

La decadencia de la influencia del Partido se acentuó con la desaparición de Jdanov. El Comité Central ya no se reunió más y a partir de 1951 cesaron las reuniones del Politburó. Sin embargo, todos los dirigentes del gobierno venían de las altas esferas del Partido. Malenkov, nombrado miembro del presidium del Consejo de Ministros, comenzó a llenar el Consejo con sus amigos, todos ellos comunistas pertenecientes a las esferas técnicas del gobierno.

Se estableció así una especie de equilibrio inestable entre tres grandes organismos: el Partido, el Gobierno y la Policía. Stalin coordinaba estos tres mecanismos y Beria los vigilaba. La dictadura personal de Stalin había llegado a su forma más perfecta.

¿Por qué Stalin se sintió descontento de este equilibrio, en 1952, y convocó el XIX Congreso del Partido? Nadie lo sabe con exactitud. Es posible que Beria adquiriera excesiva influencia y que Stalin quisiera contrarrestarla refor-

zando el Partido. Es posible que pensara que su figura histórica quedaría menguada si el Partido perdía más poder. Pero Stalin no pudo hacer otra cosa que iniciar el proceso de reforzamiento del Partido.

En la «dirección colectiva» que le sucedió, los tres organismos o mecanismos de poder siguieron enfrentándose y luchando. La policía quedó eliminada como fuerza independiente (sin que con ello el Estado soviético perdiera su característica de Estado policíaco, pues la policía continuó «trabajando» con gran intensidad, aunque ya sometida al Partido). La eliminación de Beria y la independencia de su aparato policíaco obedeció a un deseo profundo de las capas dirigentes del país: el deseo de detentar el poder y de disfrutar de los privilegios que daba el ser miembro de la clase gobernante sin miedo a perderlos. Es decir, el deseo de perpetuar estos privilegios, sin someterlos al capricho o a los intereses de la policía y su jefe.

Los sucesores de Stalin, lo primero que hicieron fue liquidar la reorganización de la dirección del Partido efectuada por Stalin sólo unos meses antes y reducir el Presidium a diez miembros. La «dirección colectiva» se dió cuenta de que el aparato gubernamental no podría mantener el dominio de la casta burocrática sobre el país. Por lo tanto, su primera medida consistió en reforzar el Partido. La segunda —eliminación de Beria—, tuvo por objeto a la vez asegurar la continuación de la «dirección colectiva» y tranquilizar a la casta burocrática (lo mismo del Partido que del gobierno y de los técnicos), a la que la «dirección colectiva» representaba.

Malenkov, que en cierto modo era partidario de reforzar el gobierno más bien que el Partido, en marzo de 1953 dejó su puesto en el Partido a Kruschev —burócrata del Partido, formado en el Partido, autor de la sangrienta depuración de Ucrania—, y a partir de este momento, Malenkov y sus técnicos fueron perdiendo influencia.

Beria, sintiéndose amenazado, quiso congraciarse con la burocracia que detentaba posiciones de poder en el gobierno y no en el Partido. Para ello, anuló el proceso contra los médicos judíos y publicó un comunicado en el que, por primera y única vez en la historia soviética, se rehabilitaba públicamente a unos acusados y se hablaba de

los derechos que la constitución concede a todos los rusos (y no sólo a los comunistas). Pero Beria había suscitado demasiados odios y desconfianzas y nadie creyó en él, ni siquiera cuando suavizó la campaña de rusificación forzosa de los pueblos de la Unión.

Por otra parte, los acontecimientos de Berlín Este, en junio de 1953, demostraron a los miembros de la «dirección colectiva» que no era posible suavizar la opresión, en un sistema totalitario. Cuando se afloja un poco, las masas, hasta entonces sometidas, se rebelan, como hicieron los obreros de Berlín.

Liquidado Beria, Krushev, Primer Secretario del Partido, no dejó de fortalecer su posición. Abrió las puertas del Partido a cuantos quisieran hacer una carrera como burócratas comunistas. El Partido llegó a tener más de siete millones de miembros (contra más de seis millones a finales de 1952). El 30% de los dirigentes locales fueron substituidos por personas adictas a Krushev.

Pero, al mismo tiempo, Krushev no daba suelta a los jóvenes. Estos, imbuidos, como en el resto del mundo, por el pragmatismo de los técnicos, prestaban poca atención a las cuestiones ideológicas. Krushev comprendía que el dominio del Partido ha de ejercerse a base de un dogmatismo (es decir, de una ideología, por baladí que sea, aceptada a ciegas). Por esto, cuando se reunió el XX Congreso del Partido, en febrero de 1956, había entre los delegados más de la mitad que contaban cuando menos 50 años de edad (es decir, hombres formados en la época del dogmatismo staliniano), mientras que en el XIX Congreso, cuando Stalin quería renovar el Partido, más de la mitad de los delegados eran menores de 35 años.

Mas todo esto es sólo un aspecto, —el burocrático, el oficial— de una lucha de mucha mayor amplitud y trascendencia que tenía por campo de combate no sólo la Unión Soviética, sino el mundo entero: la lucha de la clase obrera contra el poder del Partido Comunista. Sin recordar algunos detalles de esta lucha no se podría comprender el verdadero significado del XX Congreso del Partido.

IX

LOS OBREROS CONTRA EL PARTIDO

EL Partido Comunista ruso se llama a sí mismo «la vanguardia del proletariado». Cuando Stalin murió, el proletariado estaba en plena lucha con su supuesta «vanguardia».

Stalin se valió del sentimiento patriótico despertado por la segunda guerra mundial entre los trabajadores rusos, para hacerles el «chantaje» de la reconstrucción. Apelando a tales sentimientos, consiguió que en un período de menos de diez años, de 1945 a 1953, los obreros, sacando fuerzas de flaqueza, sin comer lo suficiente, mal vestidos y peor alojados, reconstruyeran las ciudades destruidas y aumentaran la productibilidad de la industria pesada soviética con respecto a la de antes de la guerra. Gracias a algunas reducciones de precios, los salarios reales llegaron a alcanzar el nivel de 1937, pero nunca lo superaron, pese a que la productibilidad de los trabajadores sí era superior a la de 1937.

En 1953 la URSS tenía una tercera parte menos de espacio cubierto habitable que en 1928. Otros dos países que sufrieron por la guerra devastaciones iguales o mayores que las de Rusia, habían aumentado su espacio habitable (es decir, las viviendas): Inglaterra cuatro veces más que en 1928, e Italia tres veces más. En 1953, para satisfacer las necesidades mínimas de una familia de cuatro personas era preciso que un obrero ruso trabajara 42 horas; en 1928, le bastaba con 26 horas. Todo esto según las propias estadísticas soviéticas.

Los trabajadores, como es lógico, estaban descontentos de que habiendo hecho los mayores sacrificios de san-

gre en la guerra y de esfuerzo en la postguerra, no hubiesen recibido ningún beneficio real, mientras que la clase privilegiada (los burócratas del Partido y del Estado) se hallaban en condiciones de bienestar muy superiores a las de 1939. Este descontento era tan evidente que Stalin, en su tesis sobre la próxima llegada del comunismo, prometió, como vimos, mejores salarios y una serie de otras cosas igualmente imposibles de conceder dentro de la economía soviética. Tan imposibles que los trabajadores más deseosos de ilusionarse y más legos en economía comprendieron que tales promesas eran simple demagogia. La última oleada de persecuciones de Stalin no dejó mucho margen para las esperanzas.

Por esto, apenas muerto Stalin, sus sucesores se apresuraron a hacer unas cuantas concesiones económicas y políticas, con el fin de convencer al pueblo soviético de que, por fin, iba a empezar una vida más fácil. Hasta entonces, se descontaban cuatro semanas de salario al año a todos los obreros, para invertirlas en los empréstitos «voluntarios» del Estado; la «dirección colectiva» rebajó esta «aportación» a dos semanas. Varias reducciones de precio hicieron aumentar por valor de dos semanas de sueldo al año el salario real de los trabajadores. Se prometió a los campesinos que se suavizarían las entregas obligatorias de productos al Estado. Y se prometió que la seguridad personal no se hallaría ya sujeta a los caprichos de la policía, y para apoyar esta promesa (aparte de los motivos explicados en el capítulo anterior) se devolvió la libertad a los «médicos asesinos» y se les rehabilitó, pues, según la propia «*Pravda*», órgano del Partido, su confesión se había obtenido *con métodos de investigación inadmisibles y prohibidos estrictamente por las leyes*. Apenas tres semanas después de la muerte de Stalin, se concedió una amnistía que alcanzó a numerosos presos de los campos de trabajos forzados, cuya existencia por fin se reconoció a pesar de que tanto las autoridades soviéticas como los comunistas de todo el mundo la habían negado año tras año, acusando de calumniadores antisoviéticos a quienes, fugados de estos campos, revelaron al mundo su existencia. Señalemos, como prueba de la dependencia de los países satélites respecto a la URSS que en Polonia, Checoslovaquia y Rumania se anunciaron, al mismo tiempo, sendas amnistías.

Pero la condición obrera no mejoró substancialmente. Los trabajadores desean, siempre, a la vez mejores condiciones de vida y más libertad. Las primeras, dentro de la economía soviética, no podían mejorar más allá de cierto límite, y en cuanto a la libertad, no podía ir más allá de algunas formas de crítica controlada. Por lo tanto, el descontento obrero continuó y hasta aumentó al ver que, con el paso de los meses, las promesas se quedaban en promesas.

Esta protesta se manifestó de muy diversas maneras. Por una baja de la productibilidad (lo cual acarreaba nuevas coacciones para aumentarla a la fuerza), así como por ausentismo del trabajo, ya sea dejando de acudir a menudo, ya cambiando con frecuencia de empresa, siempre que esto fuera posible (no se olvide que en la URSS todo trabajador tiene un pasaporte interior obligatorio, en el cual se anota el lugar donde trabaja y el permiso para cambiar de empresa o de profesión, sin cuyo permiso es imposible encontrar nuevo empleo).

En mayo de 1953, el gobierno comunista de Checoslovaquia redujo los salarios, con el fin de obligar a los obreros, por las primas a la productibilidad, a aumentar ésta, es decir, efectuó un verdadero restablecimiento del sistema de trabajo a destajo que ha sido condenado por todos los sindicatos del mundo, incluso por los dirigidos por comunistas en los países no satélites de la URSS. A primeros de junio, estallaron huelgas, que duraron tres días, en la mayoría de las empresas, minas y talleres de Checoslovaquia. Las tropas de la policía, con golpes y detenciones, sofocaron esta protesta.

Por la misma época, el gobierno de la Alemania Oriental (comunista) anunció un aumento del 10% de las normas de trabajo, es decir, de la cantidad de productos que los obreros debían forzosamente producir por jornada, si no querían ver reducido su salario. El 16 de junio, unos ochenta albañiles de Berlín Este se dirigieron en pacífica manifestación a protestar por esta decisión ante el gobierno comunista. Durante el camino, se les unieron millares de obreros. El contenido mismo de la manifestación cambió en el trayecto. Al llegar ante las autoridades, los manifestantes no pedían sólo la reducción de las normas, sino también elecciones libres. Pan y libertad, en suma, según la

tradicional consigna de la clase obrera. Al día siguiente, en toda Alemania comunista estalló una huelga general, a la que se unieron los estudiantes y numerosos intelectuales. El ejército soviético, estacionado en Alemania, proclamó el estado de guerra, los tanques salieron a la calle y los trabajadores, a pedradas y levantando barricadas, se les enfrentaron valerosamente. La policía llamada «del pueblo» disparó contra la multitud. Pero en toda Alemania Oriental la huelga continuó por varios días, y luego se transformó en huelga de brazos caídos. El gobierno prometió no ejercer represalias contra los huelguistas y éstos fueron volviendo al trabajo. Al cabo de un mes, las cárceles estaban llenas de trabajadores y estudiantes.

Los acontecimientos de Berlín tuvieron repercusiones en toda la órbita soviética. Facilitaron el ascenso al poder del comunista húngaro Imré Nagy, que prometió frenar la política de industrialización a toda costa. Aceleraron la caída de Beria en Moscú. Provocaron que los gobiernos comunistas de otros satélites tuvieran miedo de iguales protestas y promulgaran concesiones económicas ligeras, pero que en el agobio de las masas significaron, de momento, un alivio.

Hemos relatado suscitadamente las protestas obreras contra el Partido en los satélites porque la vida misma de la URSS está ligada ahora a la existencia de los satélites, que le proporcionan, a precios mucho más bajos que los del mercado mundial, productos industriales, minerales y alimentos en grandes cantidades. Pero en la misma URSS la protesta de los obreros no fue menos fuerte.

Ocurrió en el único lugar en que no podía haber miedo a la deportación, el encarcelamiento y los trabajos forzados: en los campos de concentración. En ellos, cuando se recibieron las noticias del levantamiento proletario de Berlín Este y de la caída de Beria, los grupos de militantes de las viejas oposiciones (que habían logrado sobrevivir a Stalin y a la dureza de la vida en los campos), se pusieron todos de acuerdo. Había entre ellos, también, grupos de comunistas que, detenidos y deportados por cualquier sospecha infundada o por futesas, meditaron en la prisión y, sin abandonar sus convicciones, llegaron a la conclusión de que el régimen comunista no las representaba ni podía

satisfacerlas; estos grupos se llamaban a sí mismos, en general, leninistas.

Los obreros del conjunto de campos de concentración de Vorkuta —más de 100.000 personas—, en el círculo polar ártico extraían el 6% del carbón consumido en la URSS. Pocos días después de la caída de Beria, los presos políticos de Vorkuta se declararon en huelga. Las tropas abrieron fuego contra los huelguistas. Pero los presos se apoderaron del campo y echaron a los guardias. En otros campos surgieron también huelgas. La administración —policíaca— de los campos de concentración anunció mejoras: se permitiría a los presos escribir a su familia una vez al mes en vez de dos veces al año, no se les encerraría de noche, se les daría mejor rancho, se les autorizaría a recibir una vez al año la visita de los familiares (que pudieran pagarse el viaje desde sus lugares de residencia hasta el alejado campo), y los presos podrían solicitar a las autoridades que se revisaran sus procesos.

De Moscú llegaron varios generales de la MVD (policía política). Sitiaron los campos con tropas y hablaron «*paternalmente*» a los presos. Viendo que las promesas no surtían efecto, ordenaron que los soldados abrieran fuego sobre los núcleos de presos que se negaran a reanudar el trabajo. Centenares de presos murieron, otros quedaron heridos. Los héroes que habían hablado en nombre de los presos (en realidad, de los trabajadores de toda la URSS) desaparecieron. La huelga había durado casi dos semanas.

Sin embargo, el ánimo de los presos no se amilanó. En octubre de 1955 estalló otra huelga en los campos de concentración de Vorkuta, y en 1954 las hubo en los campos de Kazakstán, Karaganda, Kolima y Taishet. Aunque se han liquidado muchos de estos campos, más que por un inexistente espíritu humanitario de la «dirección colectiva» soviética, por temor a que sirvieran de foco a nuevas protestas, en 1956 un comité de la Organización Internacional del Trabajo (de la cual forma parte la URSS) declaró, tras un estudio detallado, que el trabajo forzado todavía tiene *un papel de cierta importancia en la economía nacional* de la Unión Soviética.

Las huelgas de Vorkuta y otros campos, aunque no fueron conocidas por los trabajadores rusos (pues en la URSS la censura de prensa y radio es severa y está perfectamente organizada), causaron espanto en las esferas dirigentes comunistas. Malenkov, dos semanas después del término de la huelga, anunció que se haría lo posible para aumentar la industria ligera (es decir, la que produce los artículos de consumo habitual: medias, telas, agujas de coser, baterías de cocina, radios, agua de colonia, jabón, juguetes, zapatos, paraguas, papel de escribir, tinta, lentes, tabaco, etc.) y prometió reducciones de los impuestos a los campesinos. Iguales promesas se hicieron en Varsovia, Budapest, Praga y otras capitales de los satélites. Estas promesas formaron lo que se llamó «*la nueva ruta*». La ruta estaba trazada, pero se avanzó muy poco por ella, lo indispensable para suscitar nuevas ilusiones, calmar el ánimo de protesta y tener tiempo de reforzar la «dirección colectiva» soviética y sus medios de coacción.

Kruschev atacó a Malenkov y su tendencia a aumentar la industria ligera, calificándola de «desviacionismo de derecha». Malenkov, como dijimos, dimitió ante el Soviet Supremo, en febrero de 1955, tras cerca de dos años de luchas internas en el seno del Comité Central y de la «dirección colectiva».

En el plan quinquenal de 1955-1960, se vuelve a acentuar la importancia de la industria pesada (industria de guerra). Al mismo tiempo, en los satélites los comunistas que creyeron en la «nueva ruta» fueron retirados de sus puestos, como Imré Nagy, que en 1955 fue incluso expulsado del Partido.

Entre tanto Kruschev, acompañado por Bulganin, se reconcilió con Tito, de Yugoslavia, y ambos fueron a Belgrado, y asistieron asimismo a la conferencia de las grandes potencias en Ginebra. La gente, en Occidente, comenzó a creer en la posibilidad de una coexistencia pacífica entre la URSS y el resto del mundo.

Estas esperanzas encontraron expresión en quienes estaban mejor dotados para sentir la necesidad de un cambio y para manifestarla: los intelectuales y estudiantes. En Polonia comenzaron a publicar poemas inconformistas. En Hungría, muchos escritores comunistas dimitieron de sus

puestos cuando Nagy fue desplazado por órdenes de Moscú. En enero de 1956 el dirigente comunista polaco Zawadsky reconoció en el *Trybuna Ludu*, órgano del Partido: *Muchos puestos del Partido y del Estado se hallan todavía ocupados por personas que se enfurecen cuando se hallan en la necesidad de cambiar su actitud hacia el pueblo. Pero se verán obligados a cambiar, porque el pueblo ha adquirido ahora un nuevo sentido de la dignidad personal y no permitirá que se le siga tratando como antes.*

Este sentido venía del hecho de que las masas de los satélites y algunas minorías importantes de la propia URSS había descubierto y comprobado que era posible protestar contra el sistema de gobierno comunista, incluso bajo el dominio de los comunistas.

Unas semanas después de esa confesión de un comunista polaco, se reunió en Moscú el XX Congreso del Partido Comunista ruso. Las protestas proletarias de Checoslovaquia, de Berlín Este, de los campos de concentración soviéticos, las protestas de los intelectuales polacos y húngaros, no podían dejar de inquietar a la «dirección colectiva» comunista de la URSS. El XX Congreso fue la manifestación de esta inquietud y el medio de hacerle frente.

X

LA SEGUNDA MUERTE DE STALIN

EL 14 de febrero de 1956 se inauguró, en el Gran Palacio del Kremlin, el XX Congreso del Partido Comunista ruso. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, el Congreso se reunía en el término fijado por los estatutos (reformados en el XIX congreso de 1952). Aparte de este detalle, el Congreso se desarrolló según la costumbre staliniana: selección minuciosa de los delegados, monotonía de los discursos, ausencia de discusión previa y, en el mismo congreso, aprobaciones por unanimidad.

El Presidium del Comité Central presentó una lista de ciento treinta y tres miembros propuestos para el nuevo Comité Central, y se aprobó. No explicó nada sobre cuarenta miembros del anterior Comité Central que no formaban parte del Congreso. Ni nadie pidió que le aclararan su destino. Nadie, tampoco, objetó a ninguno de esos ciento treinta y tres candidatos ni se presentó ninguna otra candidatura.

Un análisis de los textos oficiales del XX Congreso basta para convencerse de que en el ánimo de la «dirección colectiva», el congreso no debía ser un punto de partida, sino el final de una etapa: la staliniana. Fueron las consecuencias del congreso las que determinaron que éste resultara el comienzo de una nueva etapa.

El XX Congreso confirmó, por orden, los aspectos principales de la tendencia de la «dirección colectiva», que pueden sintetizarse así: continuación de la destalinización y lucha contra el culto de la personalidad; busca de alianzas con socialistas y demócratas fuera de la URSS,

para sacar a los comunistas del aislamiento en que el stalinismo los sumió; busca de una división del mundo con los Estados Unidos, so pretexto de coexistencia pacífica; reconciliación con Yugoslavia y reconocimiento de que cada país pueda tener su propio camino nacional hacia el «socialismo» (es decir, el comunismo).

Hoy es posible afirmar que ninguno de estos objetivos se logró. Para quienes, deslumbrados por los *sputniks*, hablan de la clarividencia y la habilidad de los dirigentes soviéticos, puede ser saludable examinar este fracaso general de los objetivos que se fijaron en 1956. Un *gadget* científico no puede substituir (por lo menos, fuera de la propaganda) a una política fracasada.

Hagamos brevemente este análisis. El congreso, esencialmente, fue la tribuna de tres declaraciones: una que ofrece muchas cosas a los trabajadores, otra que solicita a los socialistas del mundo no comunista la «*unidad de acción de la clase trabajadora*», y finalmente otra que revela al mundo los crímenes de Stalin.

a) *Las promesas*: reducción de la semana de trabajo a 46 horas (cuando en el mundo occidental es corriente la de 44 horas y frecuente la de 40); para 1957 se prometió, por Kruschew, la semana de 42 horas y la de 40 horas para 1960. Hasta ahora (1959), la semana sigue siendo de 48 horas.

Se prometió que se aumentaría el número de viviendas, se abolieron las fuertes cuotas de entrada en las escuelas secundarias y universidades (que habían hecho de los estudios un privilegio de los ricos), y se aumentaron las pensiones de retiro (a pesar de lo cual siguen siendo inferiores a las de Francia, Inglaterra y países escandinavos). Kruschew prometió elevar el salario mínimo y, en efecto, así se hizo en septiembre de 1956; el salario mínimo actual (1959) es de 300-350 rublos al mes. (Para comprender lo que significan estas cifras, hay que saber que un traje corriente de obrero cuesta alrededor de 1.500 rublos. Por cierto que el decreto de fijación del nuevo salario mínimo confiesa que 8.000.000 de trabajadores rusos recibían hasta entonces salarios de 200 a 250 rublos mensuales).

b) *La «unidad obrera»*. El congreso pidió a los socialdemócratas del extranjero (los de la URSS y sus satélites

estaban en la cárcel, o fueron asesinados muchos años antes o lograron exilarse), a que formaran un frente único con los comunistas. Kruschew afirmó que era *posible y esencial la cooperación con los círculos del movimiento socialista que tengan puntos de vista diferentes de los nuestros (los comunistas) acerca de las formas de transición hacia el socialismo.*

El día 7 de abril, el consejo de la Internacional Socialista respondió a esta invitación y declaró: *El socialismo y el comunismo no tienen nada en común. Los comunistas, simplemente, han pervertido la idea del socialismo. Cuando están en el poder anulan la libertad, los derechos de los trabajadores, los avances políticos y los valores humanos que los socialistas han conquistado en una lucha de varias generaciones. Los socialistas creen en la democracia; los comunistas, no. Los socialistas creen en los derechos del hombre; los comunistas se burlan de ellos. ...No se puede olvidar que se niegan todos los derechos políticos a los socialistas en los países del bloque soviético, y que todavía en las prisiones soviéticas se hallan muchos socialistas cuyo sólo delito ha sido el creer que hay más de un sólo camino hacia el socialismo.*

En el mismo mes, un gran número de dirigentes socialistas y sindicalistas occidentales y asiáticos, escribieron a Kruschew y Bulganin una carta pidiendo que se rehabilitara a los socialistas asesinados por los comunistas. La carta contenía una lista de ciento cincuenta y tres socialistas y sindicalistas cuya rehabilitación se pedía. Esta carta, Kruschew y Bulganin la recibieron durante la visita que hicieron a Londres, en abril de 1956. El jefe del Partido Laborista británico Hugh Gaitskell, en una cena de los diputados laboristas con los dirigentes soviéticos, celebrada en el Parlamento británico, hizo la misma petición. Kruschew rechazó la lista que se le entregaba de socialistas asesinados o perseguidos, y afirmó que eran todos *enemigos de la clase obrera.*

Por su parte, la viuda de Trotsky, Natalia Sedova, (residente en México, donde su marido fue asesinado en 1940 por un agente de la NKVD, cuyo verdadero nombre es Ramón Mercader) envió al XX Congreso, el día 22 de febrero, un telegrama concebido en estos términos: *Presi-*

dium del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Moscú, Registrando declaraciones Congreso afirmando falsificaciones en historia de la Revolución y del Partido, y condenas dirigentes de la Revolución y del Partido, injustamente acusados de enemigos del pueblo, entre ellos mi marido, el difunto León Trotsky, llamado enemigo del pueblo número uno, y mi hijo León Sedov, pido, como consecuencia práctica de estas declaraciones, la revisión del proceso, con vistas a la rehabilitación de la memoria de las víctimas ante la opinión internacional. Natalia Sedova Trotsky. Este telegrama jamás recibió respuesta. Tampoco la tuvo una carta enviada por la misma Natalia Sedova al Mariscal Vorochilov, presidente de la URSS, el 15 de febrero, pidiéndole noticias acerca del paradero de su otro hijo, Sergio Sedov (sin duda asesinado en Siberia).

c) *El ataque a Stalin.* Los días 24 y 25 de febrero, cuando el XX Congreso tocaba ya a su fin, se celebraron sesiones secretas a puerta cerrada, a las que ni siquiera asistieron los representantes de los partidos comunistas extranjeros. Kruschev leyó un largo informe, que aunque se veía redactado con cierta prisa, no podía haber sido improvisado, porque la recopilación de los datos que contenía exigía un largo y minucioso trabajo de rebusca en archivos, expedientes y hasta confesiones personales. Este informe, en contra de lo que algunos comentaristas dijeron, no fue un exabrupto de Kruschev, sino que obedeció a una decisión de la «dirección colectiva».

Los dirigentes soviéticos decidieron poner este informe en conocimiento de los miembros del Partido, pues sin ello no hubiese tenido el efecto deseado. El procedimiento que siguió consistió en reunir las células, hacerles oír la lectura del informe por un dirigente local de toda confianza, que debía devolver la copia del informe al secretario local, quien, a su vez, era responsable ante los secretarios superiores del número de copias recibidas. Pero a pesar de estas precauciones, algo se supo. Algunos diplomáticos (sobre todo yugoeslavos) conocieron fragmentos del informe a través de miembros del Partido que formaban parte del personal subalterno de sus embajadas respectivas. La estupefacción de los miembros del Partido era tan grande que no podían imponerse silencio total.

Con los fragmentos que, así, llegaron a Occidente, se hizo un resumen del informe.

En vista de esto, Moscú envió a los periódicos comunistas occidentales una síntesis, muy suavizada, del informe de Kruschev. Cuando, dos meses después, en mayo, se envió el informe a los dirigentes de los Partidos comunistas de los satélites, alguno de ellos proporcionó una copia a un diplomático occidental y el 4 de junio de 1956 el Departamento de Estado de los Estados Unidos publicó el texto, al parecer completo, del informe. Este texto, cuyo conocimiento público molestó a Moscú, nunca ha sido desmentido por las autoridades soviéticas.

La prensa soviética jamás ha hecho alusión al informe. Las actas taquigráficas del XX Congreso, publicadas en Moscú a finales de 1956, dicen en su página 402: *Vigésima sesión (25 de febrero, por la mañana). El Congreso escuchó en sesión secreta el informe del primer secretario del CC del PC de la Unión Soviética, camarada N.S. Kruschev, sobre «EL CULTO DE LA PERSONALIDAD Y SUS CONSECUENCIAS»*, y adoptó, a este respecto, una resolución.

En la página 498 del mismo volumen se encuentra el texto de esta breve resolución, que dice textualmente así: *Después de escuchar el informe del camarada Kruschev sobre el culto de la personalidad y sus consecuencias, el XX Congreso del PC de la Unión Soviética aprueba el informe del Comité Central y confía al CC la tarea de adoptar las medidas necesarias para eliminar completamente el culto de la personalidad, extraño al espíritu del marxismo - leninismo, para liquidar sus consecuencias en todos los planos de la actividad del Partido, del Estado y de la ideología, y de aplicar estrictamente las normas sobre la vida del Partido y los principios de la dirección colectiva, elaboradas por el gran Lenin.*

Pero antes de este informe —que fue publicado, luego, en casi todas las lenguas del mundo y comentado por muchos estudiosos del comunismo—, el Congreso había escuchado algunas otras críticas indirectas formuladas contra Stalin.

Kruschev, en su informe público, de ciento cuatro páginas, sólo citó una vez el nombre de Stalin, sin precederlo de

los habituales calificativos elogiosos. Únicamente Mikoyan, en su informe, nombró a Stalin al atacarlo. Los restantes ataques fueron hechos sin dar el nombre del dictador muerto, pero nadie dejó de adivinarlo. He aquí algunas de las frases de los informes leídos ante el Congreso:

De Mikoyan: *Durante cerca de veinte años, no tuvimos, de hecho, una dirección colectiva porque reinaba entre nosotros el culto de la personalidad, condenado ya por Marx y por Lenin...*

De Kruschev: *Los marxistas-leninistas jamás creyeron que la crisis general del capitalismo significara el marasmo total, la detención de la producción y del progreso técnico (como había dicho Stalin).*

De Mikoyan todavía: *Al analizar el estado de la economía capitalista moderna, es dudoso que sea exacta y pueda ayudarnos la tesis formulada por Stalin en «Los problemas económicos del socialismo en la URSS» (presentada al XI Congreso). Por cierto que el mismo Mikoyan, en 1952, dijo de la tesis de Stalin que era un tesoro de ideas y una obra genial del camarada Stalin.*

Resumir el informe secreto de Kruschev sobre Stalin sería imposible. Está tan atiborrado de datos, de nombres de víctimas, de hechos espeluznantes, de afirmaciones empavorecedoras, que sólo podemos hacer, aquí, un sumario de su contenido y citar algunas de las frases más reveladoras, para comprender las enormes consecuencias que el informe tuvo en el mundo entero y ante todo entre los propios comunistas.

Durante decenios, a quienes afirmaban que Stalin era un dictador, que padecía una paranoia, que había establecido campos de concentración, que asesinó a sus viejos compañeros de lucha, que hizo confesar a éstos supuestos crímenes mediante la tortura, los acusó la propaganda comunista y la de no pocos liberales, de hacer el juego, primero a Hitler, luego a Franco, después a las «democracias capitalistas imperialistas», más tarde el «imperialismo norteamericano». De repente, los militantes comunistas se vieron ante la revelación, para ellos asombrosa, de que cuanto dijeron aquellos a quienes calificaban de agentes fascistas o imperialistas, era no sólo la verdad estricta, sino

hasta menos de la verdad tal como la denunciaba Krushev. Lo fantástico del caso es que a quienes así vieron confirmadas sus afirmaciones la propaganda comunista los siguió llamando agentes imperialistas, provocadores a sueldo de los fabricantes de guerra, etc.

He aquí el sumario del informe de Krushev: comienza éste con unas citas de Marx contra el culto de la personalidad, para recordar luego que Lenin no tenía ninguna confianza en Stalin (ésta es la primera alusión oficial al llamado «Testamento de Lenin», cuya existencia se negó durante la vida de Stalin). Krushev lee dos cartas, a Stalin, una de la esposa de Lenin y otra de éste, protestando por los malos modales de Stalin con la compañera de Lenin. Luego, Krushev afirma que Stalin, para justificar la eliminación de cuantos podían hacerle sombra, creó la concepción del *enemigo del pueblo*, que hizo automáticamente inútil probar los errores ideológicos del hombre o los hombres enzarzados en una controversia, pues este término hizo posible la utilización de la represión más cruel, violando todas las normas de la legalidad revolucionaria, contra quienquiera que no estuviese de acuerdo con él (Stalin). Esto condujo a que numerosas personas, perfectamente inocentes, que habían defendido la línea del Partido, se convirtieron en víctimas. ...En lo referente a las personas que, en tiempos, se opusieron a la línea del Partido, no había a menudo suficientes razones para su eliminación física. La fórmula «enemigo del pueblo» fue creada, precisamente, con el fin de aniquilar físicamente a estos individuos. Krushev, después de estas afirmaciones, aporta un número considerable de ejemplos, con nombres y fechas, de personas inocentes víctimas de Stalin.

Cita también el hecho de que Stalin, en situación tan grave como la guerra contra los alemanes, no reunió siquiera al Comité Central del Partido.

La mayor parte del informe se refiere a los procedimientos de terror impuestos por Stalin. *Este terror*, dice Krushev, *estaba dirigido de hecho no contra los vestigios de las clases explotadoras vencidas, sino contra los honrados trabajadores del Partido y del Estado soviético, contra los que se dirigían acusaciones falsas, difamatorias y absur-*

das de «hipocresía», «espionaje», «sabotajes», de preparación de complots «imaginarios,» etc.

Kruschev agrega que cuando, más tarde, se examinaron los procesos contra muchos militantes, se descubrió que habían sido fabricados: *Los hechos demuestran que numerosos abusos fueron cometidos por orden de Stalin. Stalin era un hombre muy desconfiado, inclinado a las sospechas morbosas... Dueño de un poder ilimitado, se entregaba a una gran obstinación y arriquilaba a las gentes moralmente y físicamente.* Y Kruschev reconoce que en 1937 y de nuevo en 1939 el Comité Central del Partido ordenó la aplicación de la *presión física* a los enemigos del pueblo.

Stalin se esforzó en presentarse como un gran jefe militar, dice Kruschev, pero esto es *contrario a los hechos y a la verdad histórica*, y para apoyar su afirmación relata una serie de casos en que Stalin se mostró obstinado o incapaz, en cuestiones militares, lo cual *costó mucha sangre al pueblo ruso.*

Luego, Kruschev acusa a Stalin de haber mostrado obstinación no sólo en los asuntos interiores del país, sino en la política internacional y en especial en la querrela con Tito, que achaca a *la megalomanía de Stalin.* Para ilustrar esta megalomanía cuenta que Stalin mismo eligió un texto para el himno nacional (cuando se suprimió La Internacional), en el cual no se hablaba del comunismo, pero en cambio se decía: *Stalin nos ha inspirado en el cumplimiento de nuestro grandioso trabajo.* Y remata el retrato con esta otra anécdota: el propio Stalin, de su puño y letra, añadió a su *Biografía Abreviada* la siguiente frase: *Aunque asumió las funciones de Jefe del Partido y del pueblo con una habilidad consumada y gozó del apoyo sin reservas del pueblo soviético entero, Stalin ignoró la vanidad y la glorificación personal.*

Kruschev explica también que, en los últimos meses de la vida de Stalin, varios miembros del Politburó eran objeto de las sospechas de Stalin y estaban amenazados, por ejemplo, Molotov y Mikoyan, y que Vorochilov se vió acusado por Stalin de ser un agente inglés.

Kruschev se acuerda que él y todos sus camaradas de la «dirección colectiva» aceptaron los crímenes de Stalin y

los aprobaron, que no hicieron nada para impedirlos. ¿Cómo lo explica? Simplemente, por el miedo. Si hubiésemos intentado oponernos, dice, hoy no podríamos hablar en este Congreso.

Después de leer este informe, Krushev hace distribuir a los delegados una serie de dieciséis documentos hasta entonces secretos o cuya existencia se negaba: el «Testamento de Lenin», varias cartas de Lenin, unos artículos de Lenin que nunca fueron publicados, etc.

El informe de Krushev no desvaneció por completo los temores de que el terror staliniano volviera a enseñorearse de la URSS. En el Congreso, por ejemplo, Cholokov habló muy duramente de los escritores soviéticos, a los que llamó *almas muertas* y achacó la culpa de ello al exnovelista Fedayev, secretario durante años de la Unión de Escritores Soviéticos, que censura las obras, decide cuáles deben publicarse, fija los precios y establece la orientación general de la «producción intelectual».

Unos días después, Fedayev se suicidó. La prensa soviética atribuyó el suicidio al alcoholismo del escritor.

XI

LA RESURRECCION DEL STALINISMO

CUANDO se conoció el informe de Krushev sobre Stalin causó una sensación enorme. Así pues, todas las «calumnias» eran ciertas. Stalin fue un paranoico, con delirio de persecución y megalomanía, fue un dictador, ordenó la aplicación de la tortura y mandó cometer asesinatos en masa; su incompetencia costó mucha sangre al pueblo. Todo esto son palabras textuales de Krushev, que había sido uno de los colaboradores de Stalin (encargado por éste de dirigir en Ucrania los asesinatos en masa) y que, por tanto, lo conocía bien.

Los componentes de la «dirección colectiva» soviética sabían —no podían por menos de preverlo— que la revelación oficial de todo esto iba a tener grandes y graves consecuencias. ¿Por qué se decidieron a hacer tales revelaciones y a arrostrar las consecuencias que pudieran acarrear?

La respuesta a estas preguntas es difícil. Sabemos muy poco de la URSS y de sus gobernantes. Cabe suponer que, liberados del miedo a Stalin por la muerte de éste, se percataron de que todo el pueblo ruso, y en primer lugar los componentes de la casta burocrática gobernante, deseaban por encima de todo seguridad personal. Por otra parte, la situación económica distaba mucho de ser brillante y en política internacional la URSS había creado una cantidad tal de suspicacias y temores que se encontraba prácticamente aislada. Para salir de todo ello, precisaba adoptar medidas que iban al encuentro de todo lo aceptado hasta entonces en la URSS: suprimir las entregas obligatorias

de productos agrícolas, por ejemplo, reconciliarse con Tito, y al mismo tiempo era necesario, para los dirigentes soviéticos, continuar sacrificando el nivel de vida del pueblo ruso al desarrollo de la industria de guerra. Para esto, convenía dar al pueblo alguna ilusión (la de la seguridad) con el fin de que siguiera aceptando los sacrificios que le imponían.

Todo ello, el Kremlin esperaba, sin duda, lograrlo con el informe secreto sobre Stalin. Se trataba de hacer a éste responsable de cuanto hubiera de malo, de todos los motivos de descontento, del mismo modo que Stalin cargó tal responsabilidad, sucesivamente, a los socialdemócratas, a los trotskystas, a los desviacionistas de izquierdas y de derechas...

Tan necesario era encontrar un chivo expiatorio —para la situación actual y para la venidera—, que con el fin de hallarlo, los dirigentes de Moscú se arriesgaron a no pocos peligros que implicaba la denuncia de Stalin y se conformaron con el triste papel de cobardes y de sumisos, que tuvieron que reconocerse en cuanto colaboradores de Stalin.

Pero las consecuencias del informe de Kruschev fueron mucho mayores de lo que el Kremlin pudo prever. Para comprender el significado del XXI Congreso, es indispensable examinar cuáles fueron tales consecuencias y cómo influyeron en la política soviética. Durante tres años, en una maraña de acusaciones, excusas, mentiras, asesinatos, cambios de frente, amenazas y retrocesos, los dirigentes soviéticos se han visto zarandeados por las consecuencias del informe de Kruschev. Como en tiempos de Stalin, a base de falta de escrúpulos y de mentiras sistemáticas, han logrado dar al mundo la impresión de que ellos dominan los acontecimientos, de que son muy inteligentes y unos políticos habilísimos, cuando en realidad el pueblo ruso y el mundo entero están simplemente pagando el precio de su incapacidad política, de su falta de preparación técnica y de su mala fe de principio, como lo pagaron en tiempos de Stalin.

El 17 de abril de 1956, «*Pravda*» anunció la disolución de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas (Kominform). En septiembre de 1947, Stalin había convocado en Polonia a los representantes de ocho Partidos Comunistas y allí Jdanov les comunicó que quedaba consti-

tuida la Kominform. Para disolver ésta, la «dirección colectiva» no procedió de distinto modo, pues no fue consultado acerca de la disolución ninguno de los Partidos miembros de la Kominform. Stalin creó la Kominform como instrumento para la liquidación de Tito. Reconciliado Moscú con Tito, ya no tenía objeto mantener la Oficina. Moscú había aprendido dos cosas de Tito: sus relaciones con los países neutralistas y sus relaciones con los partidos socialistas. El Kremlin quería hacer otro tanto y pensó que, para ello, la reconciliación con Tito era indispensable. La desaparición de la Kominform no significaba que Moscú dejara de controlar a los Partidos Comunistas, sin embargo, el monolitismo del movimiento comunista se relajó inmediatamente. Vidale, de Trieste (bien conocido en España y en Iberoamérica con el nombre de Carlos Contreras, bajo el cual en 1928 y, luego durante la segunda guerra mundial, dirigió varios servicios de la NKVD) se oponía a la reconciliación con Tito. Larsen, en Dinamarca, criticaba las críticas de Stalin; el *Daily Worker*, órgano del Partido Comunista de los Estados Unidos, se atrevía a pedir explicaciones sobre el antisemitismo staliniano y la liquidación de los intelectuales yidisch en la URSS.

Poco a poco, la prensa soviética cita, con diversos pretextos, los nombres de viejos comunistas desaparecidos (asesinados bajo Stalin) lo cual equivale a una rehabilitación de su memoria, aunque nunca se diga explícitamente así. Entre estos rehabilitados figuran Antonov Ovsenko (jefe de la política comunista en España durante la guerra civil), el mariscal Blucher, el exprocurador general de la URSS, Krylenko, el historiador Pokrovsky, el economista Voznessensky, Yaroslavsky (que se había distinguido por sus ataques a los anarquistas), y muchos más. Pero Trotsky, Bujarin, Kamenev, Zinoviev y los principales acusados de los Procesos de Moscú (1937-38) continuaban siendo «enemigos del pueblo». Después de los sucesos de Poznan, estas rehabilitaciones se hicieron muy raras, aunque en 1957 todavía vimos la de Tukachevsky y otros generales soviéticos ejecutados por orden de Stalin en 1938. En realidad, Krushev y sus colegas rehabilitaron sobre todo a los dirigentes que entraron, como ellos, a formar parte del Comité Central del Partido en ocasión del XVII Congreso, en 1934. De los viejos bolcheviques, ninguno ha sido reha-

bilitado, porque su recuerdo es tan molesto para los actuales dirigentes como lo fuera para Stalin.

En marzo de 1956, en Tiflis (Georgia), estalló un motín popular. Moscú quiso presentarlo como prostalinista, cuando en realidad fue una manifestación nacionalista georgiana, es decir, antisoviética. Hubo 106 muertos y más de 200 heridos por la acción de la policía y el ejército. *Pravda* hubo de reconocer que en el seno del Partido y en todo el país *elementos corrompidos hacían discursos calumniosos contra la política del Partido*. Es decir, en cuanto se dejaba un resquicio a la crítica, la gente se lanzaba a protestar.

Fuera de la URSS, la reacción popular pudo expresarse más claramente. En casi todos los países satélites se alzaron voces que indicaban que la gente no se contentaba con que se achacaran a Stalin todos los males. *¿Y qué hay del Comité Central? ¿Ante quién es responsable?* preguntaba, por ejemplo, el periódico *Pro Prostu*, de los estudiantes comunistas polacos. En Checoeslovaquia los estudiantes pedían que se publicaran en la prensa todos los discursos que se pronunciaran en las Naciones Unidas, y 15.000 miembros del Partido checo reclamaron que se reuniera un congreso del mismo para elegir a nuevos miembros, no stalinistas, del Comité Central. En Hungría, Rakosi, viejo stalinista, quiso ponerse en favor del viento y rehabilitó a Rajk, pero los estudiantes y escritores calificaron de *hipócrita* esta medida y de *fraude* la llamada «dirección colectiva». En junio, en reuniones del Círculo Petofi, de Budapest, se acusó al gobierno comunista de *tratar a los ciudadanos como a niños o como a enemigos*. En Polonia, destituye a los elementos más destacados de la policía staliniana.

El 27 de junio de 1956 estalla en la ciudad polaca de Poznan una manifestación que, reprimida por la policía, se convierte en motín popular. En octubre, a pesar de la presión personal de Krushev, el Comité Central del Partido polaco elige secretario general a Gomulka (el mismo Gomulka que había pasado unos años en la cárcel bajo Stalin); los estudiantes y obreros estaban preparados, arma al hombro, para lanzarse a la calle si Krushev cumplía su amenaza de ocupar Varsovia con tropas rusas.

En octubre, en Budapest, comienzan los acontecimientos que todo el mundo debe recordar: manifestación estudiantil, disparos, ataques a los locales de la policía, lucha con los tanques soviéticos, retirada de éstos, gobierno Nagy, reorganización de los partidos obreros y democráticos de los distintos sindicatos libres, segunda ocupación soviética, millares de exilados, millares de detenidos, secuestro de Nagy (fusilado en 1958, a pesar de las promesas hechas por Kadar, su compañero que lo traicionó, de respetarle la vida). La revolución democráticossocialista de Hungría, que duró del 26 de octubre al 4 de noviembre de 1956 y que estremeció al mundo, hizo tambalear el poderío soviético, demostró su debilidad y obligó a Moscú a quitarse la máscara y a presentarse como una potencia imperialista y agresora.

En Alemania Oriental, el gobierno comunista, compuesto de stalinistas intransigentes, aleccionados por los acontecimientos de julio de 1953, reforzó las precauciones policíacas, pero ello no pudo impedir que los hechos de Polonia y Hungría tuvieran gran repercusión. Los estudiantes hicieron protestas, huelgas. Varios profesores fueron sentenciados a prisión y otros huyeron a Alemania Occidental.

En los partidos Comunistas de Occidente, lo que se llamó, exageradamente, la destalinización, tuvo muy diversa suerte. En Francia, Maurice Thorez no se hizo eco de las críticas a Stalin y quienes quisieron aprovechar el informe de Kruschév para pedir mayor democracia interna fueron expulsados: Lecoœur, Hervé y numerosos intelectuales que protestaron por la ocupación soviética de Hungría (Claude Roy, Vercors, Henri Léfèvre). En Italia, Togliatti adoptó una posición igual a la de Thorez, lo que acarreó muchas defecciones (Reale, Onofri, Giolitti) y cierto debilitamiento de la alianza con el Partido Socialista de Nenni.

En los Estados Unidos, el Partido entró en una crisis tan grave, a consecuencia del informe Kruschév y de los hechos de Hungría, que una buena parte de sus dirigentes (Gates y otros) fueron expulsados, que el conocido escritor Howard Fast se separó del Partido y que éste tuvo que cerrar, por falta de lectores, su diario *Daily Worker*. No

menos grave fue la crisis en los Partidos Comunistas de Escandinavia e Inglaterra.

La conjunción de las revelaciones de Kruschev con la adopción, pocos meses después, de los peores métodos stalinianos para dominar a Hungría y para acallar las protestas que en todos los satélites estallaron con este motivo (incluso en la URSS los estudiantes comenzaron a hacer preguntas y a publicar periódicos clandestinos), anuló casi por completo los efectos que la «dirección colectiva» esperaba del informe sobre Stalin. Mataron a éste por segunda vez de un modo completamente inútil para ellos. Con Stalin o sin Stalin, el régimen soviético sigue siendo fundamentalmente staliniano.

El mismo Kruschev lo dijo, el 1 de enero de 1957: *Stalin aniquiló a nuestros enemigos. Personalmente, crecí bajo Stalin. Podemos estar orgullosos de haber colaborado a la lucha contra nuestros enemigos por el progreso de nuestra causa. Desde este punto de vista, me enorgullezco de ser staliniano.*

La política del «nuevo rumbo» fue abandonada, sin decirlo, simplemente usando las mismas palabras pero cambiándoles el sentido, igual que hacía Stalin. No haberlo hecho así equivaldría a reconocer que el Partido se equivocó y el Partido, para los comunistas, debe ser infalible.

Por otra parte, la «dirección colectiva» va cambiando, entre intrigas y destituciones. Muchas veces, las actitudes de política exterior, que parecen maniobras de cara al extranjero, son en realidad maniobras para el interior, reflejo de la lucha de clanes y facciones en el seno del Presidium y del Comité Central. En junio de 1956 Molotov pierde su puesto de Ministro de Asuntos Exteriores (pues Stalin substituyó a los Comisarios del Pueblo por Ministros). En junio de 1957 el Comité Central le quitó los otros puestos y lo envió a Ulan Bator, en Mongolia Exterior, como embajador. Kaganovich, Malenkov y Chepilov (sucesor de Molotov) perdieron también sus puestos en junio de 1957. El mariscal Zukov, que había ayudado a Kruschev a efectuar la maniobra contra Molotov, Malenkov y Kaganovich, fue a su vez expulsado del Comité Central, a pesar de su gran prestigio popular, en octubre de 1957. Unos meses

después, el Mariscal Buganin dimitió de su cargo de jefe del Gobierno y Kruschev pasó a sucederle en él. Kruschev, ahora, es a la vez jefe del gobierno y jefe del Partido.

Sin embargo, estos triunfos personales no van acompañados de triunfos reales. El *sputnik*, al deslumbrar al ingenuo lector de periódicos, ayudó a dorar la píldora, pero la verdad es que Kruschev tuvo que suspender el plan quinquenal de 1955-60 y substituirlo por un plan de siete años, que se iniciará después del XXI Congreso.

Los comunistas dicen que el mundo capitalista se descompondrá como consecuencia de sus propias contradicciones internas. Este mundo capitalista en realidad no es tal. Hay en él (es decir, en la zona no soviétizada del mundo), países capitalistas clásicos, otros países con gobiernos socialistas, otros con gobiernos nacionalistas de tendencia socializante. Existen, ciertamente, contradicciones en este mundo. Pero para resolverlas no se recurre a los procedimientos que Stalin estableció y que la «dirección colectiva» sigue aplicando.

El mundo soviético no carece, por su parte, de profundas contradicciones internas: las contradicciones entre los diversos sectores dirigentes, de privilegiados que gozan del poder (la «nueva clase», como los llama Milojan Djilas, el comunista yugoeslavo que, a la luz de los acontecimientos de Hungría y de la experiencia yugoeslava, evolucionó hacia el socialismo democrático). Hay, además, las contradicciones entre Rusia y las restantes nacionalidades de la Unión Soviética, que resisten sordamente a la rusificación. Persiste la contradicción entre los campesinos y las masas urbanas. Agréguese, aun, la contradicción entre la URSS dominadora y opresora y las tendencias nacionalistas de los países satélites, que se manifiestan en lo que Moscú llama «revisionismo» y que Occidente denomina «comunismo nacional». Y hay, finalmente, la gran contradicción entre la nueva clase y las masas explotadas y oprimidas de todo el mundo soviético.

Berlín Este, Poznan, Hungría, Vorkuta, Imré Nagy y Pal Maleter, son nombres que pasarán a la historia como heroicas y trágicas manifestaciones de estas contradicciones. Al lado de esto, los congresos del Partido son simples

anécdotas, pero anécdotas que a veces tienen considerables consecuencias. ¿Será el XXI Congreso uno de ellos o quedará como un simple ejercicio más de la brigada de las aclamaciones?

XII

EL XXI CONGRESO

EL XXI Congreso del Partido Comunista ruso ha sido convocado, en septiembre de 1958, para el 27 de enero de 1959. En el orden del día figura un solo tema: discusión del proyecto del plan septenal (1959-1965).

Este congreso se reunirá trece meses antes de transcurrir los cuatro años que fijan, desde 1952, los estatutos del Partido. A diferencia de lo que hacía Stalin, que retrasaba (una vez hasta trece años) la reunión de los Congresos, la «dirección colectiva» actual y Kruschev parecen tener prisa en convocar un nuevo congreso. Y hacen todo lo posible para rodearlo de un atmósfera de curiosidad, de sorpresa, de interés, de lo que los cineastas llaman *suspense*.

¿Por qué el Congreso adelantado? ¿Por qué la campaña que lo precede? En la URSS es difícil saber lo que ocurre en la dirección y hasta el estado de los asuntos más fácilmente evaluables, como los económicos, porque la censura y el misterio, por una parte, y la adulteración de las estadísticas por la otra, disfrazan la realidad. Sin embargo, algunos datos e indicios permiten afirmar que el XXI Congreso será, ante todo, un Congreso de asuntos interiores, de economía en primer lugar. Una vez más, se demuestra que la política interior —la posesión del poder—, es el factor determinante entre los dirigentes soviéticos, y que sus mismas actitudes en política internacional y la actividad de los Partidos Comunistas del mundo entero están condicionadas por la política interior, es decir, por la continuación en el poder.

Es significativo el hecho de que el congreso vaya a ser dedicado íntegramente (o cuando menos de modo pre-

ponderante) al estudio del plan septenal. En 1957, la «dirección colectiva» suspendió el plan quinquenal, porque la producción se había retrasado considerablemente, en muchas de sus ramas, respecto a las previsiones del plan, y porque la dirección colectiva se proponía introducir algunas reformas esenciales en la estructura económica soviética.

Entre tanto, se prepararon dos planes anuales, para 1957 y 1958 —pues la economía soviética necesita una dirección central y se paralizaría sin ella—, y han tenido lugar acontecimientos nuevos, que ejercen profunda influencia en la marcha económica del bloque soviético. Por una parte, la revolución de Hungría impuso onerosos gastos a la URSS, que no estaban previstos. Sin duda el revisionismo o comunismo nacional polaco no ha dejado de disminuir los beneficios que la URSS saca de Polonia. La ayuda a China ha ido incrementándose constantemente y no debe ser lo cuantiosa que Pekín desea, puesto que Pekín trata de oponerse a cuanto actitud internacional soviética signifique ayuda a otros países que pueda disminuir la que presta a China. Finalmente, Moscú se ha comprometido a prestar ayuda (desde luego políticamente interesada) a varios países: Egipto, Indonesia, la India, las naciones árabes en general. Todo esto son rasgos nuevos de la economía soviética, que el plan quinquenal no tenía en cuenta. Hasta ahora, en sus relaciones comerciales, la URSS ha ido sistemáticamente retrasada en el cumplimiento de sus compromisos (aunque no en exigir a las otras partes firmantes de los acuerdos comerciales, que cumplieron los suyos con puntualidad). Todo esto indica que, en fin de cuentas, la actual política económica de la URSS podría definirse con aquella frase popular que dice: abrir un hoyo para tapar otro.

La «dirección colectiva» substituyó a Subarov por Pervukin, como planificador supremo, y ha adoptado una serie de medidas que pueden resumirse así: se modificó el sistema de precios agrícolas, dando a los campesinos cierta libertad para vender (aunque en octubre Kruschev hubo de amonestarlos porque estaban aumentando los precios de sus ventas al Estado), se suprimió el pago en especies de los impuestos agrícolas, se disolvieron las Estaciones de Tractores y éstos se distribuyeron entre los koljoses y sov-

joses, y se descentralizó la dirección nacional de la industria, creándose una serie de direcciones regionales.

Para la masa de la población, estos cambios no han tenido grandes efectos (excepto en los campesinos), pues sigue dándose preferencia a la industria pesada (de bienes de capital y productos bélicos) sobre la industria ligera (de artículos de consumo ordinario).

Desde junio de 1958 la prensa soviética sostiene una activa campaña contra lo que llama las *violaciones de la disciplina del Estado*, que se reprochan a los dirigentes económicos regionales y a los directores de empresas. Estos técnicos, cuyas atribuciones se ampliaron muchísimo, en 1957, con la descentralización industrial, tienden más y más a no respetar las decisiones del Gosplan (oficina central del plan). Entre estas violaciones se hallan las siguientes: tendencia a no utilizar al máximo la capacidad productiva de las empresas (para evitar la tensión que se suscita cuando no se alcanzan las normas previstas por el plan); tendencia a negarse a abastecer a otras empresas y regiones industriales (con el fin de hacer reservas de productos que puedan permitir cumplir aparentemente con el plan, cuando la producción real no alcanza a ello); tendencia de los técnicos locales a emanciparse del poder central, a «provincializar» la producción. Lo que la prensa soviética critica más agriamente es, sin embargo, una tendencia nueva (a diferencia de las otras citadas, que son una simple acentuación de tendencias existentes desde que existen planes quinquenales): la tendencia a sufragar actividades sociales, culturales, médicas, etc. en favor de los obreros, con fondos previstos para aumentar la producción o renovar las instalaciones. En vez de construir máquinas, se construyen casas baratas, centros de descanso, teatros para los trabajadores, y esto enfurece a los miembros de la «dirección colectiva», no sólo por las consecuencias económicas que acarrea (mengua de la producción), sino porque no quieren que ningún beneficio que puedan recibir las masas proceda de otras manos que no sean las de la propia «dirección colectiva». Este fenómeno se explica porque, al descentralizar la industria, en 1957, la «dirección colectiva» dió cierto margen de iniciativa a los comités sindicales de empresa (hasta entonces dedicados únicamente a espiar a

los obreros y a presionarlos para que produjeran más y más); inmediatamente, estos comités comenzaron a ejercer presión sobre los directores de las empresas con el fin de obtener ventajas y mejoras en la situación de los trabajadores.

Al establecerse la descentralización, Kruschév encargó a los miembros del Partido que vigilaran para evitar que se produjera una «provincialización» de la industria. Como acabamos de ver, esta vigilancia no sirvió de nada y a juzgar por las críticas de la prensa soviética, los miembros del Partido no se mostraron muy celosos en ella. Ahora, la dirección del Partido les incita a esforzarse en evitar estas tendencias. Es decir, a convertirse en agentes del Estado contra el interés de los trabajadores. *Sin disciplina del Partido*, dicen los periódicos rusos, *no hay disciplina del Estado*.

No cabe duda que el hecho de que se haya adelantado la fecha normal de convocatoria del XXI Congreso tiene que ver con esta situación y responde al propósito de despertar un entusiasmo ahora inexistente (a pesar de las ilusiones del *sputnik*) por un nuevo aumento de la productividad. Este entusiasmo se crearía, sin duda, con el orgullo que podría suscitarse gracias a los proyectos grandiosos del plan septenal... igual que ocurrió, por ejemplo, con el primer plan quinquenal, que provocó una oleada de entusiasmo en una Rusia desgarrada por las deportaciones en masa de la colectivización forzosa de la agricultura decretada por Stalin.

Ahora bien, ¿cómo reforzará el XXI Congreso la disciplina del partido? ¿Fortaleciendo la autoridad central, es decir, suspendiendo la descentralización y «depurando» incluso a los «elementos indisciplinados», o bien mediante concesiones a las demandas de mayores bienes de consumo y mediante la satisfacción de las necesidades sociales de la población: viviendas, médicos, casas de reposo, transportes baratos, etc.? Esto último significaría una victoria de los «indisciplinados» y una prueba de que incluso bajo las más duras dictaduras totalitarias es posible encontrar me-

dios de resistencia y de lucha y hasta obtener éxito con ellos.

El Congreso se encontrará ante una nueva reforma de incalculables consecuencias: la de la enseñanza. Por ella, se establece que pasada la enseñanza primaria, todos los estudiantes deberán consagrar la mayor parte de su jornada al trabajo productivo y sólo unas horas al estudio —a menudo en la noche o bien por televisión o correspondencia—, y sólo podrán dedicar todo el día a los estudios, en los dos años últimos de éstos, quienes hayan demostrado una capacidad excepcional. Esta reforma, además (y esto es muy importante) abandona la generalización de la enseñanza secundaria que hace tres años decidió el XX Congreso (véase, de paso, cómo las decisiones del Congreso no tienen ningún peso ante la «dirección colectiva» y como ésta las echa de lado sin ni siquiera aguardar a otro Congreso). Se trata de restablecer los privilegios para la clase dirigente que Stalin creó y de evitar, al mismo tiempo, que los estudiantes, factor de protesta, se congreguen y discutan entre ellos.

En suma, el XXI Congreso debería decidir si, en los próximos siete años, la URSS vivirá bajo un régimen de disciplina o en uno de consumo en aumento. Pero el Congreso no podrá decidirlo, en realidad, porque está siendo organizado como todos los anteriores, a base de los burócratas locales del Partido, que se limitarán a aprobar por aclamación. No existe ninguna posibilidad de que en el seno del congreso surjan voces de descontento o, siquiera, sugerencias distintas a las que presenta la «dirección colectiva».

No se olvide que hace apenas unos meses, en un periódico comunista, el *Rabotnichesko Delo*, se leía lo siguiente: *En un país marxista-leninista no puede haber libertad de hacer afirmaciones hostiles al marxismo-leninismo. No puede haber libertad para la gente que critica y calumnia al Partido. A base de la concepción marxista-leninista de la libertad de crítica, el Partido ha adoptado severas medidas contra las voces hostiles que en diversos lugares intentan aprovechar la crítica justificada de los defectos de nuestro Estado. La libertad de crítica no es, en modo alguno, la libertad de dudar de que nuestro Partido sigue una línea*

política justa. En realidad, la libertad de crítica quiere decir que se tiene el deber de estudiar la naturaleza de las decisiones del Partido y hacerlas penetrar hasta el fondo de la conciencia.

Esta será la única «crítica» que se permitirá a los delegados al XXI Congreso del Partido Comunista ruso. Lo cual no impedirá que la propaganda comunista afirme, en todo el mundo, que en el Congreso ha reinado la mayor democracia y la más amplia libertad.

XIII

NUESTRA AMERICA Y LOS CONGRESOS

HASTA ahora hemos hablado de los diversos congresos del Partido Comunista ruso. Pero, preguntará el lector, ¿qué tienen que ver esos congresos con América Latina o con cualquier otra parte del mundo, si son del Partido Comunista *ruso*?

La respuesta es que tienen mucho que ver precisamente porque se trata de los congresos del Partido Comunista *ruso*.

En efecto, nadie ignora ya, a estas alturas, que el Partido Comunista ruso es el que ejerce el poder real en Rusia, que las decisiones de su Presidium (o Politburó, antes) son las que determinan la política del gobierno y hasta las resoluciones, aprobadas siempre por unanimidad, de los congresos.

Por otra parte, el Partido Comunista ruso, a través de oficinas establecidas en países satélites, fija la política que han de seguir los partidos comunistas del resto del mundo. La oficina que se ocupa de esto en lo referente a América Latina se halla en Praga. Es lógico suponer que las indicaciones del Partido Comunista ruso (en realidad, de su Presidium), han de ser las que sirvan los intereses del gobierno soviético como órgano de poder de la clase dominante en Rusia, o sea, la burocracia del Partido y del Estado. Y, de un modo más inmediato, las que sirvan los intereses de la «dirección colectiva» que representa, con mayor o menor fidelidad, tal clase. Por donde se colige que los Partidos Comunistas de todo el mundo —y entre ellos los de Iberoamérica—, al cumplir las indicaciones que da

Moscú, sirven ante todo los intereses del Estado Soviético y más concretamente los del Presidium del Partido Comunista ruso.

Las decisiones de los congresos de este Partido —simple trasunto aclamado de las que adopta el Presidium— fijan la política interior soviética. La diplomacia soviética adopta entonces las actitudes que corresponden a tal política. Automáticamente, los partidos comunistas del mundo entero adaptan su programa, su táctica, a las decisiones del Congreso del Partido Comunista ruso. Esta adaptación se hacía antaño, entre 1919 y 1941, a través de las decisiones de la Internacional Comunista. Luego se hizo por indicaciones directas desde 1941 a 1947. Cuando, en este último año, se creó la Kominform, ésta se encargó de tales funciones de transmisión y coordinación. Disuelta la Kominform, en 1956, las oficinas para las diversas regiones del globo que funcionaban en Praga, Bucarest, Berlín, etc. siguieron actuando. Los partidos comunistas nunca se han visto huérfanos, pues, de las directivas de Moscú. Estas, en los últimos años, han sido más flexibles, sólo se han aplicado a la tendencia general de la política, en vez de ser rígidas y en detalle, como en tiempos de Stalin, pero esto no impide que sea siempre el interés de la URSS (y del Presidium) el que determine la actitud de los distintos Partidos Comunistas.

Y ello por distintas razones: una, de tipo ideológico, consiste en la convicción de muchos dirigentes y militantes comunistas de que la URSS es «la patria del proletariado» y de que defendiendo a la URSS, incluso contra los intereses del propio país, se defienden las posibilidades revolucionarias de este país. Otra razón, de carácter más sórdido, es la burocrática; los dirigentes comunistas cuentan con fondos importantes para desarrollar la actividad de sus partidos respectivos, y estos fondos proceden, directa o indirectamente (por medio de empresas comerciales con capitales soviéticos) de Moscú; por otra parte, tales dirigentes cobran sueldos considerables (Maurice Thorez, por ejemplo, recibió del Partido Comunista de Francia, en 1955, una lujosa residencia con parque y veintiuna habitaciones, en la Costa Azul francesa); pero es Moscú, en definitiva, quien nombra y elimina a los dirigentes de cada país y, por tanto,

la comodidad, los privilegios, y hasta la vanidad de estos dirigentes, dependen de la fidelidad con que sigan las indicaciones de Moscú.

Sólo así se explica que cada vez que la diplomacia soviética ha cambiado de actitud, hayan cambiado de posición política los partidos comunistas. Unos ejemplos —seleccionados entre docenas— bastan para probarlo. En julio de 1939, los Partidos Comunistas de todo el mundo hacían propaganda por la guerra contra la Alemania nazi. En agosto del mismo año, Hitler y Stalin firmaron un tratado e inmediatamente los partidos comunistas calificaron de *guerra de agresión del imperialismo franco - británico* la contienda que estalló en septiembre de 1939, y hasta, cuando los alemanes ocuparon Francia, los dirigentes comunistas franceses se pusieron a sus órdenes y les pidieron permiso para publicar su diario «L'Humanité». En nuestra América, los partidos comunistas hicieron exactamente los mismos virajes, en aquel período.

En cambio, cuando Alemania atacó a la URSS, en 1941, la guerra volvió a ser, para los comunistas latinoamericanos y europeos, una guerra antinazi. Y entonces, porque la URSS no quería que se debilitase en lo más mínimo el frente aliado, los dirigentes comunistas se opusieron a cualquier acción contra los dictadores que había en el mundo no nazi. Lombardo Toledano hizo viajes a los países dominados por dictadores, en América Latina, llevándoles su caución a cambio de su apoyo a la causa aliada.

Otro ejemplo más reciente. Cuando estalló la bomba atómica sobre Hiroshima, los periódicos comunistas aclamaron la decisión de lanzarla y calificaron de *sentimentalismo hipócrita* las protestas que hubo por ello. Luego, con la campaña «pro paz» desencadenada por Moscú, los comunistas basaron su propaganda sobre los horrores de la bomba atómica y la amenaza de que una guerra atómica destruyera todo la especie humana. Pero cuando, en 1954, Kruschev anunció que la URSS poseía también bombas atómicas, los dirigentes comunistas cambiaron la orientación de su propaganda y en vez de hablar de la destrucción de la especie humana, concentraron su fuego verbal en el concepto de que una guerra significaría la desaparición del capitalismo, pero no la del comunismo. Ultimamente, cuan-

do la URSS, a pesar de los *sputniks*, ha comprobado que se encuentra, desde el punto de vista de las armas atómicas, en retraso con respecto al mundo occidental, ha reaparecido la propaganda de «destrucción de la especie humana» a cargo de los comunistas y de sus compañeros de camino.

En América Latina, concretamente, los congresos comunistas rusos tienen, además de este reflejo que podríamos llamar general, uno específico. Ningún teorizante comunista se ha ocupado de nuestra América. Lenin no habla de ella siquiera en su libro sobre el imperialismo. Stalin no hace ninguna referencia a América Latina en su obra sobre la cuestión nacional y colonial. Lossovsky, que era en el seno de la Internacional Comunista el encargado de las cuestiones coloniales (entre ellas las referentes a América Latina) dijo en 1928: *Para los países atrasados se necesita una política atrasada*. El mismo Lossovsky sostenía que en América Latina no podía haber peligro fascista (porque éste era un «privilegio» de los países adelantados) y que aquí se tenía una *idea primitiva de la revolución social*.

Sin embargo, Moscú utilizó a América Latina como escenario para el ensayo de dos de sus tácticas: la del Frente Popular, en Chile, en 1935-38, y la de la «insurrección popular» con la Alianza Popular Libertadora de Prestes en el Brasil, por la misma época.

Después de la segunda guerra mundial, América Latina ha sido el laboratorio de otra táctica, la del apoyo crítico. ¿En qué ha consistido?

Valiéndose de que ya no funciona oficialmente la Tercera Internacional, los Partidos Comunistas, cuando un dictador sube al poder en un país latinoamericano, se dividen en dos: una fracción se va a la oposición y al exilio y se infiltra en los partidos democráticos. La otra fracción se queda en el país, se alía con el dictador, penetra (ayudada a menudo por la policía del dictador) en los sindicatos democráticos y los domina. ¿Qué fin tiene esta política de apoyo a los dictadores? Primero, éstos facilitan a los comunistas la conquista de los sindicatos, que de otro modo los comunistas han venido perdiendo —cuando hay en ellos elecciones libres— en los últimos quince años. Luego, el dictador, con el fin de conservar esta alianza que le permite

presentarse como tolerante y «demócrata» (pues hasta permite actuar a los comunistas) y que le facilita los medios de neutralizar al movimiento sindical libre, está dispuesto a firmar tratados comerciales con la URSS y sus satélites, a sostener un intercambio comercial activo con Rusia, cumpliendo él su parte del contrato y haciendo la vista gorda si la URSS y sus satélites no cumplen la suya, pues de todos modos la cobra con el apoyo de los comunistas.

Esta política de división artificial del Partido y de complicidad con los dictadores — un verdadero concubinato político con los demagogos pretorianos—, se ha visto en la Argentina, en Cuba, en Venezuela, en el Perú hasta en Nicaragua, la República Dominicana y el Paraguay. Cuando el dictador cae, los comunistas exilados regresan y hacen olvidar la colaboración de la otra fracción con el dictador y hasta consiguen que continúen las relaciones comerciales ventajosas con Moscú. Si precisara alguna prueba, aparte de la lectura de los periódicos de esta época, bastaría con recordar que los primeros países que tuvieron relaciones comerciales con la URSS, desde 1948, fueron precisamente los gobernados por dictadores, y que estos países son también los que tienen un mayor saldo favorable en su comercio con la URSS. Por algo será...

El XX Congreso y el informe de Kruschev sobre Stalin tuvieron pocas repercusiones en los partidos comunistas de América Latina, como escasas fueron las de los acontecimientos revolucionarios de Hungría de 1956, aunque uno y otro hecho ejercieron una gran influencia en los compañeros de camino de los comunistas y en la opinión liberal y democrática del Continente. ¿Cómo explicar esta diferencia? Por el carácter burocrático de los Partidos Comunistas en América Latina. Dirigidos por burócratas políticos, con cuadros escasos, no sintieron ni la emoción que esos hechos suscitaron en las masas y, en todo caso, no quisieron arriesgar sus puestos. Se limitaron a seguir, con retraso, los pasos de otros Partidos Comunistas que, por ser de masas, debían tener en cuenta las reacciones de éstas.

El XXI Congreso, que como dijimos es de carácter predominantemente económico, ejercerá también, de modo indirecto, su influencia en América Latina. Para salir de sus dificultades económicas, la URSS necesita, sobre todo,

importaciones pagadas al menor precio posible. Para pagarlas exporta a precios de *dumping* las materias primas que más abundan en Rusia. Ahora mismo, hay un verdadero *dumping* del estaño soviético, que perjudica gravemente a Bolivia y a su revolución, y un *dumping* de la plata, que causa graves perjuicios a México. Esta política económica sin duda proseguirá. Los comunistas latinoamericanos tendrán, pues, una primera misión: sostener una campaña muy activa de «distracción», para que la gente de nuestro continente no se percate de la parte que el *dumping* soviético tiene en la crisis de las materias primas que amenaza a América Latina. Acusarán a otros países (sin duda no exentos de responsabilidad) de ser los únicos causantes de tal crisis.

Al mismo tiempo, los partidos comunistas latinoamericanos se esforzarán para presionar a los gobiernos en favor de un intercambio más activo con la URSS y sus satélites —un intercambio de tipo especial, en el que los países latinoamericanos entreguen todos los productos acordados y no muestren prisa en recibir los productos soviéticos y de los satélites—. En realidad, la moneda de pago de Moscú será el apoyo de los partidos comunistas a los regímenes que se avengan a este tipo de intercambio en sentido único.

Pero este apoyo, careciendo el Partido Comunista de fuerza en las masas, sólo pueden necesitarlo los dictadores, para dorar sus blasones. Como ahora las dictaduras están de baja en América Latina, los comunistas que no logren presionar a los gobiernos democráticos o inmiscuirse en ellos (infiltrándose en los partidos y sindicatos democráticos) recurrirán a dos procedimientos clásicos: o bien harán de cerebro técnico de grupos de militares ambiciosos, hipotecándolos y lanzándolos a pronunciamientos, o bien crearán grupos sindicales que escindan los sindicatos libres y que provoquen un constante malestar, una atmósfera propicia a las aventuras de los salvadores uniformados del orden, con los cuales los comunistas saben por experiencia que pueden entenderse muy bien.

El XXI Congreso del Partido Comunista ruso puede ser un factor importante, pues, en el esfuerzo que hacen

las fuerzas reaccionarias de América Latina para revertir la tendencia actual a la democratización de la política latinoamericana.

No hay duda de que muchos comunistas y compañeros de camino suyos no ven esto, y que otros que lo ven consideran que debe aceptarse en interés de una «causa superior», la de la defensa de la URSS y el triunfo del comunismo en la URSS y sus satélites. Porque si los comunistas latinoamericanos conocen poco de marxismo-leninismo, en cambio saben de memoria el sentido de una de las lecciones más perennes que ha dejado Stalin a los comunistas de hoy: la frase de Kalinin («La Voz de su amo», como lo llamaban los propios comunistas rusos) en el XIV Congreso del Partido Comunista ruso. La frase es ésta: *La idea de que la verdad sigue siendo siempre verdad puede admitirse en un club filosófico, pero en el Partido las decisiones del congreso son obligatorias también para quienes dudan de la justeza de ellas.*

Y las decisiones de un congreso del Partido Comunista ruso son de mucha mayor importancia, para los comunistas de cualquier país —también para los de cualquier país iberoamericano—, que los intereses del país respectivo.

Cuando se lean las informaciones de prensa sobre el XXI Congreso del Partido Comunista ruso, no se olvide esto, si se quiere interpretarlas correctamente y prever la política de los comunistas latinoamericanos en los próximos años.

APENDICES

FECHAS Y CIFRAS

FECHAS DE LOS CONGRESOS:

PARTIDO SOCIALDEMOCRATA RUSO

I	1901 - Zurich
II	1903 - Bruselas - Londres
III	1905 - Londres
IV	1906 - Estocolmo
V	1907 - Londres
VI	1917 - Petrogrado

PARTIDO COMUNISTA (BOLCHEVIQUE) RUSO

VII	1918 - Petrogrado
VIII	1919 - Petrogrado
IX	1920 - Moscú
X	1921 - Moscú
XI	1922 - Moscú
XII	1923 - Moscú
XIII	1924 - Moscú
XIV	1925 - Moscú
XV	1927 - Moscú
XVI	1930 - Moscú
XVII	1934 - Moscú
XVIII	1939 - Moscú

PARTIDO COMUNISTA DE LA UNION SOVIETICA

XIX	1952 - Moscú
XX	1956 - Moscú

EFFECTIVOS

	Octubre 1952	Enero 1956
Miembros	6.013.259	6.795.896
Candidatos a miembro	868.886	419.609

Composición social de los Congresos

	1930	1934	1952	1956
Obreros	71.2%	60 %	7.6%	18.5%
Campesinos	6.7%	8.0%	7.8%	13.8%
Intelectuales y burócratas	22.1%	32.0%	84.6%	67.7%

Edad de los delegados

	1924	1930	1939	1952	1956
De 20 a 39 años.....	82.6%	70.0%	81.5%	23.6%	20.3%
De 40 a 50 años.....	15.4%	25.0%	15.5%	61.1%	55.7%
Más de 50 años.....	2.0%	5.0%	3.0%	15.3%	24.0%

Fecha de adhesión al Partido de los delegados al Congreso

	1934	1939	1952	1956
Antes de 1917.....	22.6%	2.4%	1.2%	1.6%
1917 - 1920	57.4%	17.0%	6.2%	4.5%
1921 - 1929	17.4%	37.6%	36.4%	24.9%
Después de 1930	2.6%	43.0%	56.0%	69.0%

Fuente: Est & Ouest. Núm. 168, pág. 131. París, 16-28 de febrero de 1957.

I N D I C E

I.	<i>La tradición de los congresos obreros</i>	7
II.	<i>De la votación a la aclamación</i>	13
III.	<i>La preparación de los congresos</i>	19
IV.	<i>Stalin no quiere riesgos</i>	24
V.	<i>El último congreso de Stalin</i>	30
VI.	<i>Inauguración del milenio comunista</i>	36
VII.	<i>El Partido en 1952</i>	42
VIII.	<i>De Malenkov a Krushev</i>	48
IX.	<i>Los obreros contra el Partido</i>	53
X.	<i>La segunda muerte de Stalin</i>	60
XI.	<i>La resurrección del stalinismo</i>	69
XII.	<i>El XXI Congreso</i>	77
XIII.	<i>Nuestra América y los congresos</i>	83

Apéndices: **Fechas y cifras. Bibliografía.**

BIBLIOGRAFIA

Este folleto no pretende ser de propaganda, sino una incitación a mayores lecturas sobre este tema. Hay una gran bibliografía sobre él, en inglés, francés, alemán y ruso. En español, en cambio, es escasa. He aquí los libros más importantes, de todas las tendencias, escritos en español o traducidos a este idioma, que proporcionan información y comentarios documentados sobre los congresos del Partido Comunista ruso y sus consecuencias.

- Alba, Victor: *Esquema Histórico del Movimiento Obrero en América Latina*. México, 1957.
- Alba, Victor: *Historia del Comunismo en América Latina*. México, 1954.
- Alba, Victor: *Hungría 1956*. México, 1957.
- Bruhat, Jean: *Historia de la URSS*. Madrid, 1953.
- Kruschev, N.: *Informe sobre el culto a la personalidad*. (Numerosas ediciones en 1956, fuera de la URSS).
- Djilas, Milovan: *La nueva clase*. Buenos Aires, 1958.
- Fryer, Peter: *La tragedia húngara*. México, 1957.
- Larsen, Einar: *Rusia avanza*. México, 1949.
- Lenin: *El Estado y la Revolución*. México, 1934.
- Lyons, Eugenio: *El pueblo ruso*. México, 1955.
- Milosz Czeslaw: *El pensamiento cautivo*. San Juan, Puerto Rico, 1954.
- Nagy, Imré: *Contradicciones del comunismo*. Buenos Aires, 1958.
- Popof, N.: *Historia del bolchevismo* (2 vols.) Barcelona, 1935.
- Schueller, George K.: *El Politburó*. Barcelona, 1951.
- Serge, Victor: *Retrato de Stalin*. México, 1940.
- Seton-Watson, Hugh: *De Lenin a Malenkov*. México, 1955.
- Shub, Anatole: *Los trabajadores en la órbita soviética*. Nueva York, 1957.
- Stalin, J.: *Los problemas de la economía socialista en la URSS*. Moscú, 1952.
- Trotsky, L.: *Vida de Stalin*. Barcelona, 1948.
- Zinoviev, G.: *Historia del Partido Comunista ruso*. Barcelona, 1932.
- Historia del Partido Comunista (b) ruso*. Moscú, 1946.
- 16 documentos de Lenin*. Moscú, 1957.

INSTITUTO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS POLITICO - SOCIALES

APARTADO 4292 — SAN JOSE - COSTA RICA

IMPRESO EN COSTA RICA

— PRINTED IN COSTA RICA

IMPRENTA VARGAS — SAN JOSE - COSTA RICA